BIBLIOTECA DE GRANDES PENSADORES

Descartes

Estudio introductorio de
CIRILO FLÓREZ MIGUEL

GREDOS

Copia anónima de un retrato, ahora perdido, que el pintor neerlandés Frans Hals realizó de René Descartes en 1649. (Museo del Louvre, París.)

LAS PASIONES DEL ALMA

Traducción y notas de
FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY

NOTA DE TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la edición crítica de Adam y Tannery, *Oeuvres* 12 vols., París, Vrin, 1964 y sigs.

DE LAS PASIONES EN GENERAL Y ACCIDENTALMENTE DE TODA LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Art. 1. Lo que es pasión respecto a un sujeto es siempre acción en algún otro aspecto

En nada queda tan claro cuán defectuosas son las ciencias que los antiguos nos han legado como en lo que aquéllos escribieron sobre las pasiones. En efecto, aun cuando se trata de una materia sobre la que siempre se ha investigado mucho y que no parece ser de las más difíciles, ya que sintiéndolas cada cual en sí mismo no es necesario recurrir a ninguna observación ajena para descubrir su naturaleza, lo que los antiguos han enseñado de ellas es tan poco, y tan poco creíble en general, que mi única esperanza de acercarme a la verdad radica en alejarme de los caminos seguidos por ellos. Por esta razón me veré obligado a escribir aquí como si se tratara de una materia que nadie, antes que yo, hubiera tocado. Y para empezar, considero que todo lo que se hace u ocurre de nuevo es llamado generalmente por los filósofos una pasión respecto al sujeto a quien le ocurre y una acción respecto a aquel que hace que ocurra. De modo que, aunque el agente y el paciente sean a menudo muy distintos, la acción y la pasión no dejan de ser siempre una misma cosa que tiene estos dos nombres, debido a los dos distintos sujetos a los que puede referirse.

Art. 2. Para conocer las pasiones del alma debemos distinguir sus funciones de las del cuerpo

Considero, en segundo lugar, que no nos fijamos en que no hay sujeto alguno que actúe más inmediatamente sobre[1] nuestra alma que

[1] El original dice *contre* (literalmente «contra»), pero parece claro que el sentido del texto —no moral, sino fisiológico— exige traducir «sobre». Una confir-

el cuerpo al que ésta se halla unida y que, por consiguiente, debemos pensar que lo que en ella es una pasión en él resulta ser comúnmente una acción; de modo que el mejor camino para llegar al conocimiento de nuestras pasiones es examinar la diferencia existente entre el alma y el cuerpo, a fin de saber a cuál de los dos se debe atribuir cada una de las funciones que hay en nosotros.

Art. 3. Qué regla debemos seguir al efecto

Lo anterior no presentará gran dificultad si se tiene en cuenta que todo aquello cuya existencia experimentamos en nosotros, y que vemos que puede existir igualmente en cuerpos inanimados, no debe ser atribuido más que a nuestro cuerpo; y, al contrario, que todo lo que hay en nosotros y que de ninguna manera concebimos que pueda pertenecer a un cuerpo, debe ser atribuido a nuestra alma.

Art. 4. El calor y el movimiento de los miembros proceden del cuerpo; los pensamientos, del alma

Así, pues, como no concebimos que el cuerpo piense de ninguna manera, tenemos razón creyendo que todo tipo de pensamiento existente en nosotros pertenece al alma; y como no dudamos de que hay cuerpos inanimados que se pueden mover de tantas o más variadas maneras que los nuestros, y que tienen tanto o más calor (lo que la experiencia pone de manifiesto en la llama, que por sí sola tiene mucho más calor y movimiento que cualquiera de nuestros miembros), debemos creer que todo el calor y todos los movimientos que hay en nosotros, en tanto que no dependen en absoluto del pensamiento, sólo pertenecen al cuerpo.

Art. 5. Es erróneo creer que el alma da movimiento y calor al cuerpo

Con esto evitamos un error muy considerable en el que han caído algunos, de suerte que, en mi opinión, ésa es la primera causa de que no se hayan podido explicar hasta ahora las pasiones y las otras cosas pertenecientes al alma. El citado error consiste en que, al ver que todos los cuerpos muertos quedan privados del calor y luego de movimientos, se ha imaginado que era la ausencia del alma lo que hacía cesar estos movimientos y este calor. Y, así, se ha creído sin razón que nuestro calor natural y todos los movimientos de nuestros

---

mación de esta versión se da, en un contexto más evidente, en el título del art. 12: *Comment les objets de dehors agissent contre les organes du sens.*

cuerpos dependen del alma, en vez de pensar, como era menester, lo contrario, a saber: que el alma sólo se ausenta, cuando uno muere, a causa de que cesa este calor y de que se corrompen los órganos que sirven para mover el cuerpo.

Art. 6. Qué diferencia hay entre un cuerpo vivo y un cuerpo muerto

Así, pues, para evitar este error, consideremos que la muerte no ocurre nunca por ausencia del alma, sino solamente porque alguna de las principales partes del cuerpo se corrompe; y pensemos que el cuerpo de un hombre vivo difiere del de un hombre muerto lo mismo que un reloj u otro autómata (es decir, cualquier otra máquina que se mueva por sí misma) cuando está montado y tiene en sí el principio corporal de los movimientos para los cuales fue creado, con todo lo necesario para su funcionamiento, difiere del mismo reloj o de otra máquina cuando se ha roto y deja de actuar el principio de su movimiento.

Art. 7. Breve explicación de las partes del cuerpo y de algunas de sus funciones

Para hacer esto más inteligible, explicaré en pocas palabras la manera como está compuesta la máquina de nuestro cuerpo. No hay nadie ya que no sepa que en nosotros existe un corazón, un cerebro, un estómago, músculos, nervios, arterias, venas y cosas semejantes. Se sabe igualmente que los alimentos que comemos descienden al estómago y a las tripas, donde su jugo, deslizándose por el hígado y todas las venas, se mezcla con la sangre que éstas contienen, aumentando gracias a ello la cantidad de la misma. Los que han oído hablar de medicina, por poco que sea, saben además cómo está compuesto el corazón y cómo toda la sangre de las venas puede circular fácilmente de la vena cava al lado derecho del corazón y pasar desde aquí al pulmón por el vaso que se llama vena arterial, volver luego desde el pulmón al lado izquierdo del corazón por el vaso llamado arteria venosa y pasar, finalmente, desde aquí a la arteria mayor cuyas ramificaciones se extienden por todo el cuerpo. Y todos aquellos a quienes la autoridad de los antiguos no ha dejado enteramente ciegos, y que han querido abrir los ojos para examinar la opinión de Hervaeus sobre la circulación de la sangre, están convencidos de que todas las venas y las arterias del cuerpo son como arroyos por donde corre sin cesar la sangre muy rápidamente, saliendo de la cavidad derecha del corazón por la vena arterial cuyas ramificaciones se extienden por todo el pulmón

y se juntan con las de la arteria venosa a través de la cual pasa del pulmón al lado izquierdo del corazón; de aquí va luego a la arteria mayor cuyas ramificaciones, distribuidas por todo el resto del cuerpo, se unen a las ramificaciones de la vena cava que nuevamente llevan la misma sangre a la cavidad derecha del corazón. De manera que estas dos cavidades son como esclusas por cada una de las cuales pasa toda la sangre a cada vuelta que ésta da en el cuerpo. Se sabe además que todos los movimientos de los miembros dependen de los músculos y que estos músculos están opuestos unos a otros, de tal suerte que, cuando uno de ellos se contrae, tira hacia sí la parte del cuerpo a que va unido, lo cual hace distenderse al mismo tiempo el músculo opuesto. Luego, en el momento en que este último se contrae, obliga a distenderse al primero y tira hacia sí la parte a que ambos están unidos. Finalmente, se sabe que todos estos movimientos de los músculos, así como todos los sentidos, dependen de los nervios, que son como redecillas o tubitos que salen del cerebro y contienen, como éste, cierto aire o viento muy sutil que recibe el nombre de espíritus animales.

Art. 8. Cuál es el principio de todas estas funciones

Pero lo que no se sabe corrientemente es el modo como estos espíritus animales y estos nervios operan en los movimientos y en los sentidos ni cuál es el principio corporal que los hace actuar. Por eso, aunque ya me haya referido a ello en otros escritos, no puedo dejar de decir aquí, sucintamente, que mientras vivimos hay un calor continuo en nuestro corazón, una especie de fuego mantenido en él por la sangre de las venas, y que este fuego es el principio corporal de todos los movimientos de nuestros miembros.

Art. 9. Cómo se produce el movimiento del corazón

Su primer efecto es dilatar la sangre de que están llenas las cavidades del corazón; lo cual es causa de que la sangre, al necesitar ocupar mayor espacio, pase impetuosamente de la cavidad derecha a la vena arterial y de la izquierda a la arteria mayor. Luego, al cesar esta dilatación, entra rápidamente nueva sangre de la vena cava a la cavidad derecha del corazón y de la arteria venosa a la izquierda; pues a la entrada de estos cuatro vasos hay unas membranitas dispuestas de tal modo que hacen que la sangre no pueda entrar en el corazón sino por las dos últimas, ni salir más que por las otras dos. La nueva sangre que entra en el corazón se rarifica, inmediatamente después, de la misma manera que la precedente. Y es en esto únicamente en lo que

consiste el pulso o latido del corazón y de las arterias; de suerte que ese latido se repite reiteradamente cada vez que entra nueva sangre en el corazón. Ésta es, igualmente, la única causa que da a la sangre su movimiento y hace que circule sin cesar muy rápidamente por todas las arterias y venas transmitiendo así el calor que adquiere en el corazón a todas las demás partes del cuerpo y sirviéndoles de alimento.

Art. 10. Cómo se producen en el cerebro los espíritus animales

Pero lo más importante en este punto es que todas las partes más vivas y más sutiles de la sangre, que el calor ha rarificado en el corazón, entran continuamente en gran cantidad en las cavidades del cerebro. Y la razón por la cual van a parar a él, antes que a ningún otro lugar, es que toda la sangre que sale del corazón por la arteria mayor se dirige directamente hacia este sitio y, al no poder entrar toda en él, debido a que no hay más que unos pasos muy estrechos, pasan solamente las partes más agitadas y más sutiles, mientras que el resto se expande por todos los demás sitios del cuerpo. Pues bien, justamente estas partes muy sutiles de sangre componen los espíritus animales, para lo cual no necesitan experimentar ningún otro cambio en el cerebro, sino que en él quedan separadas de las partes de sangre menos sutiles, pues lo que aquí llamo espíritus no son sino cuerpos y no tienen otra propiedad que la de ser cuerpos muy pequeños y que se mueven muy rápidamente, como las partes de la llama que sale de una antorcha. De manera que no se detienen en ningún sitio y que, a medida que algunos de ellos entran en la cavidad del cerebro, salen también algunos otros por los poros que hay en su sustancia, los cuales los conducen a los nervios y desde aquí a los músculos, lo que les permite mover el cuerpo de las distintas maneras en que puede ser movido.

Art. 11. Cómo se producen los movimientos de los músculos

Como ya hemos dicho, la única causa de todos los movimientos de los miembros es que algunos músculos se contraen y que sus opuestos se dilatan. Y la única causa de que un músculo se contraiga antes que su opuesto es que llegan hasta él más espíritus del cerebro que hasta el otro. No es que los espíritus que proceden inmediatamente del cerebro basten solos para mover los músculos, sino que obligan a los otros espíritus que están ya en estos dos músculos a salir muy rápidamente de uno de ellos y pasar al otro, con lo que el músculo de donde salen se estira y se afloja y el músculo en el que entran, repentinamente inflado por ellos, se contrae y tira del miembro al que está unido. Cosa

fácil de concebir cuando se sabe que hay muy pocos espíritus animales que vayan continuamente del cerebro hacia los músculos, pero que hay siempre otros muchos encerrados en el mismo músculo y que se mueven muy rápidamente, a veces girando sólo en el lugar en que están, a saber: cuando no encuentran pasos abiertos para salir de él; y a veces pasando al músculo opuesto, ya que hay en cada uno de los músculos pequeños orificios a través de los cuales dichos espíritus pueden pasar de uno a otro. Orificios dispuestos de tal modo que, cuando los espíritus que llegan del cerebro hacia uno de ellos tienen un poco más de fuerza que los que van hacia el otro, abren todas las entradas por donde los espíritus del otro músculo pueden pasar a éste y cierran, al mismo tiempo, todas aquéllas por donde los espíritus de éste pueden pasar al otro. Con lo cual todos los espíritus, antes contenidos en ambos músculos, se juntan ahora en uno de ellos muy rápidamente y de este modo le inflan y le contraen, mientras que el otro se estira y se afloja.

Art. 12. Cómo actúan sobre los órganos de los sentidos los objetos exteriores
Todavía nos falta conocer las causas de que los espíritus no siempre circulen desde el cerebro hacia los sentidos de la misma manera y de que a veces vayan más hacia unos que hacia otros. En efecto, además de la acción del alma que es verdaderamente en nosotros una de estas causas, como luego explicaré, hay también otras dos que solamente dependen del cuerpo y que debemos señalar. La primera consiste en la diversidad de los movimientos que son provocados en los órganos de los sentidos por sus objetos, causa que he explicado ya bastante ampliamente en la *Dióptrica*; de todas formas, para que quienes lean este escrito no se encuentren en la obligación de haber leído otros, repetiré aquí que hay tres cosas a considerar en los nervios, a saber: la médula o sustancia interior que se extiende en forma de hilillos desde el cerebro, donde nace, hasta las extremidades de los otros miembros a que están unidos esos hilos; luego las membranas que los rodean y que, al ser contiguas a las que envuelven el cerebro, forman unos tubitos en los que están encerrados estos hilillos; luego, por fin, los espíritus animales, que, al ser llevados por esos mismos tubitos desde el cerebro hasta los músculos, hacen que dichos hilos permanezcan en ellos libres y extendidos, de tal manera que la menor cosa que mueva la parte del cuerpo a que va unido el extremo de alguno de ellos obliga a moverse igualmente a la parte del cerebro de donde procede, lo mismo que cuando se tira de uno de los cabos de una cuerda hacemos mover el otro.

Art. 13. Esta acción de los objetos exteriores puede conducir de distintas maneras los espíritus a los músculos

He explicado en la *Dióptrica* cómo todos los objetos de la vista se nos comunican exclusivamente por el hecho de que mueven localmente, por medio de los cuerpos transparentes que hay entre ellos y nosotros, los hilillos de los nervios ópticos que están en el fondo de nuestros ojos, y luego los lugares del cerebro donde se originan estos nervios; los mueven, digo, de tantas maneras diferentes como facetas existen en las cosas que nos presentan, y no son inmediatamente los movimientos que se reflejan en el ojo, sino los producidos en el cerebro, los que representan al alma esos objetos. A partir de este ejemplo es fácil concebir que los sonidos, los olores, los sabores, el calor, el dolor, el hambre, la sed y por lo general todos los objetos, tanto de nuestros otros sentidos externos como de nuestros apetitos internos, dan lugar también a algún movimiento de nuestros nervios, que pasa por este conducto al cerebro; y estos diversos movimientos del cerebro, además de provocar en nuestra alma diversos sentimientos, en su ausencia, pueden hacer también que los espíritus se dirijan hacia ciertos músculos y no hacia otros y que muevan así nuestros miembros, lo que probaré aquí con un solo ejemplo. Si alguien adelanta repentinamente su mano hacia nuestros ojos, como para pegarnos, aunque sepamos que es amigo nuestro, que sólo hace esto en broma y que no tiene intención de hacernos daño, nos resultará muy difícil, sin embargo, no cerrarlos; lo cual demuestra que no se cierran por intervención de nuestra alma puesto que ello se hace contra nuestra voluntad, la cual es su única o al menos su principal acción, sino que (se cierran) porque la máquina de nuestro cuerpo está constituida de tal manera que el movimiento de la mano dirigiéndose hacia nuestros ojos provoca otro movimiento en nuestro cerebro, que conduce los espíritus animales a los músculos que hacen bajar los párpados.

Art. 14. La diversidad existente entre los espíritus puede diversificar también su curso

La otra causa de que los espíritus animales se dirijan de modos diversos a los músculos es la desigual agitación de dichos espíritus y la diversidad de sus partes. Efectivamente, cuando algunas de sus partes son más grandes y se agitan más que las otras pasan antes en línea recta a las cavidades y a los poros del cerebro y así son conducidas a otros músculos adonde no lo serían si tuvieran menos fuerza.

Art. 15. Cuáles son las causas de su diversidad

Esta desigualdad puede proceder de las diversas materias de que están constituidos, como se ve en los que han bebido mucho vino: los vapores de este vino, entrando rápidamente en la sangre, suben del corazón al cerebro, donde se convierten en espíritus que, al ser más fuertes y más abundantes que los que allí hay de ordinario, resultan capaces de mover el cuerpo de varias extrañas maneras. La desigualdad de los espíritus puede proceder también de las diversas disposiciones del corazón, del hígado, del estómago, del bazo y de todas las demás partes que contribuyen a su producción; pues hay que señalar aquí principalmente la existencia de ciertos pequeños nervios insertos en la base del corazón, que sirven para dilatar y contraer las entradas de las concavidades, mediante lo cual la sangre, dilatándose en ellas en mayor o menor medida, produce espíritus dispuestos de distintos modos. Es preciso señalar igualmente que, aun cuando la sangre que entra en el corazón llega hasta él procedente de todos los demás lugares del cuerpo, ocurre, sin embargo, muchas veces, que es impulsada hacia allí más por unas partes que por otras, debido a que los nervios y los músculos que responden a las primeras la presionan o la agitan en mayor grado y debido a que, según la diversidad de las partes de las que afluye más (sangre), se dilata de diferente modo en el corazón y produce luego espíritus que tienen cualidades distintas. Así, por ejemplo, la sangre que procede de la parte inferior del hígado, donde está la bilis, se dilata en el corazón de modo distinto de la que proviene del bazo y esta última (se dilata) de modo diferente a la que procede de las venas de los brazos o de las piernas, y, finalmente, ésta (se dilata) muy diferentemente que el jugo de los alimentos cuando, al salir nuevamente del estómago y de las tripas, pasa rápidamente por el hígado hasta el corazón.

Art. 16. Cómo todos los miembros pueden ser movidos por los objetos de los sentidos y por los espíritus sin ayuda del alma

Hay que señalar, por último, que la máquina de nuestro cuerpo está constituida de tal suerte que todos los cambios que se producen en el movimiento de los espíritus pueden hacer abrir unos poros del cerebro más que otros, y recíprocamente que, cuando alguno de estos poros está más o menos abierto que de costumbre, aunque sea poco, por la acción de los nervios que sirven a los sentidos, esto cambia algo el movimiento de los espíritus y hace que sean conducidos a los músculos que sirven para mover el cuerpo como, en tales ocasiones, se mueve ordi-

nariamente; de suerte que todos los movimientos que hacemos sin intervención de nuestra voluntad (como ocurre a menudo cuando respiramos, cuando andamos, cuando comemos y, finalmente, cuando ejecutamos todos los actos que nos son comunes con los animales) no dependen sino de la conformación de nuestros miembros y del curso que los espíritus, excitados por el calor del corazón, siguen naturalmente en el cerebro, en los nervios y en los músculos, de la misma manera que el movimiento de un reloj es producido exclusivamente por la fuerza de su resorte y la forma de sus ruedas.

Art. 17. Cuáles son las funciones del alma

Una vez consideradas todas las funciones que corresponden únicamente al cuerpo es fácil saber que en nosotros no queda nada que debamos atribuir a nuestra alma, excepto los pensamientos, los cuales son principalmente de dos tipos, a saber: unos son las acciones del alma, otros son sus pasiones. Las que llamo sus acciones son todas nuestras voluntades, puesto que experimentamos que proceden directamente de nuestra alma y parecen depender sólo de ella; como, por el contrario, podemos llamar por lo general pasiones suyas todas las clases de percepciones o conocimientos que se hallan en nosotros, porque a menudo no es nuestra alma la que los hace tal como son y porque siempre los recibe de las cosas que son representadas por ellos.

Art. 18. De la voluntad

Nuestras voluntades son también de dos clases. En efecto: unas son acciones del alma que terminan en el alma misma, como cuando queremos amar a Dios o por lo general aplicar nuestro pensamiento a algún objeto no material; las otras son acciones que terminan en nuestro cuerpo, como cuando, por el simple hecho de que tenemos la voluntad de pasearnos, nuestras piernas se mueven y andamos.

Art. 19. De la percepción

Nuestras percepciones son, igualmente, de dos clases: unas tienen por causa el alma y las otras el cuerpo. Las que tienen por causa el alma son las percepciones de nuestras voluntades y de todas las imaginaciones u otros pensamientos que de ella dependen; pues es evidente que no podríamos querer cosa alguna que no percibiéramos por el mismo medio que la queremos. Y por más que con respecto a nuestra alma querer algo sea una acción, podemos decir que en ella percibir lo que quiere es también una pasión. Ello no obstante, como esta percepción

y esta voluntad son efectivamente una misma cosa, la denominación se hace siempre por lo que es más noble y por eso no es habitual denominarla una pasión, sino solamente una acción.

Art. 20. De las imaginaciones y otros pensamientos que están formados por el alma

Cuando nuestra alma se dedica a imaginar algo que no existe, como representarse un palacio encantado o una quimera, y también cuando se pone a considerar algo que sólo es inteligible y no imaginable, por ejemplo su propia naturaleza, las percepciones que tiene de las cosas dependen principalmente de la voluntad que hace que las perciba; por eso se acostumbra considerarlas como acciones más bien que como pasiones.

Art. 21. De las imaginaciones que sólo tienen por causa el cuerpo

La mayoría de las percepciones causadas por el cuerpo dependen de los nervios; pero también hay algunas que no dependen de ellos y que se llaman imaginaciones, como aquellas de que acabo de hablar, de las cuales se diferencian, sin embargo, porque la voluntad no interviene en su formación y, por tanto, no podemos contarlas entre las acciones del alma; proceden únicamente de que al estar los espíritus agitados de diversas maneras y al encontrar las huellas de diversas impresiones que los han precedido en el cerebro, circulan fortuitamente por ciertos poros más que por otros. Tales son las ilusiones de nuestros sueños y también las elucubraciones que a menudo hacemos estando despiertos, cuando nuestro pensamiento vaga indolentemente sin fijarse en nada propio. Ahora bien, aunque algunas de estas imaginaciones sean pasiones del alma, tomando esta palabra en su más propio y más perfecto significado, y aunque todas puedan ser llamadas de este modo, si se toman en un sentido más general, no obstante, debido a que no tienen una causa tan notable y tan determinada como las percepciones que el alma recibe por mediación de los nervios y debido a que no parecen sino la sombra y la pintura de aquéllas, antes de llegar a distinguirlas bien hay que considerar la diferencia que existe entre estas otras.

Art. 22. De la diferencia existente entre las otras percepciones

Todas las percepciones que no he explicado aún llegan al alma por medio de los nervios y entre ellas hay la diferencia de que unas las referimos a los objetos exteriores, que impresionan nuestros sentidos,

otras a nuestro cuerpo o a algunas de sus partes, y, por último, otras a nuestra alma.

Art. 23. De las percepciones que referimos a los objetos que están fuera de nosotros

Las (percepciones) que referimos a cosas que están fuera de nosotros, o sea, a los objetos de nuestros sentidos, son producidas, al menos cuando nuestra opinión no es falsa, por esos objetos que, al provocar algunos movimientos en los órganos de los sentidos externos, los provocan también en el cerebro por medio de los nervios, los cuales hacen que el alma los sienta. Así, por ejemplo, cuando vemos la luz de una antorcha y oímos el sonido de una campana, este sonido y esta luz son dos diferentes acciones, que, por el mero hecho de provocar dos movimientos distintos en algunos de nuestros nervios y, por tanto, en el cerebro, dan al alma dos sentimientos diferentes, sentimientos que referimos de tal modo a los sujetos que suponemos ser sus causas que imaginamos ver la antorcha misma y oír la campana y no sólo sentir unos movimientos que proceden de ellas.

Art. 24. De las percepciones que referimos a nuestro cuerpo

Las percepciones que referimos a nuestro cuerpo o a algunas de sus partes son las que tenemos del hambre, de la sed, y de los demás apetitos naturales, a las cuales se puede añadir el dolor, el calor y las otras afecciones que sentimos como en nuestros miembros y no como en los objetos exteriores. Así, por ejemplo, podemos sentir al mismo tiempo y por medio de los mismos nervios el frío de nuestra mano y el calor de la llama a que se acerca, o bien, al contrario, el calor de la mano y el frío del aire a que está expuesta, sin que haya ninguna diferencia entre las acciones que nos hacen sentir el calor o el frío de nuestra mano y las que nos hace sentir el que está fuera de nosotros, sino que, como una de estas acciones sobreviene a la otra, creemos que la primera está ya en nosotros y que la que sobreviene todavía no lo está, sino que se encuentra en el objeto que la causa.

Art. 25. De las percepciones que referimos a nuestra alma

Las percepciones que se refieren solamente al alma son aquellas cuyos efectos se sienten como en el alma misma y de las cuales no se conoce por lo general ninguna causa próxima a la que se puedan atribuir. Tales son los sentimientos de júbilo, de cólera y otros semejantes, provocados unas veces en nosotros por los objetos que mueven nues-

tros nervios y otras por causas distintas. Ahora bien, aunque todas nuestras percepciones, tanto las que se refieren a los objetos exteriores como las que se refieren a las diversas afecciones de nuestro cuerpo, sean verdaderamente pasiones con respecto a nuestra alma cuando se toma esta palabra en su significado más general, se ha hecho habitual, no obstante, reducirlas exclusivamente a las que se refieren al alma misma y, justamente, son sólo estas últimas las que yo me he propuesto explicar aquí con el nombre de pasiones del alma.

Art. 26. Las imaginaciones que dependen exclusivamente del movimiento fortuito de los espíritus pueden ser pasiones tan verdaderas como las percepciones que dependen de los nervios

Falta señalar aquí que las mismas cosas que el alma percibe por medio de los nervios también pueden ser representadas por la circulación fortuita de los espíritus, sin otra diferencia que la debida al hecho de que las impresiones que llegan al cerebro a través de los nervios suelen ser más vivas y más expresivas que las que en él provocan los espíritus. Eso es lo que me ha hecho decir en el art. 21 que estas últimas son como la sombra y la pintura de las otras. Hay que señalar también que a veces sucede que esta pintura es tan parecida a la cosa que representa que nos podemos engañar en cuanto a las percepciones que se refieren a los objetos exteriores o a las que se refieren a algunas partes de nuestro cuerpo, pero no nos podemos engañar en cuanto a las pasiones, porque están tan próximas y tan en la entraña de nuestra alma que resulta imposible que ésta las sienta sin que sean realmente tal como las siente. Así, frecuentemente, cuando se duerme e incluso a veces estando despierto, imaginamos con tanta fuerza ciertas cosas que uno cree verlas delante de él o sentirlas en su cuerpo, aunque no sea así en absoluto; pero, aun dormidos y soñando, no podríamos sentirnos tristes o emocionados por alguna otra pasión sin que sea muy evidente que el alma tiene en sí dicha pasión.

Art. 27. Definición de las pasiones del alma

Después de haber considerado en qué difieren las pasiones del alma de todos los demás pensamientos de la misma, me parece que se las puede definir en general como percepciones, o sentimientos, o emociones del alma que se refieren particularmente a ella y que son motivadas, mantenidas y amplificadas por algún movimiento de los espíritus.

Art. 28. Explicación de la primera parte de esta definición
Se las puede llamar percepciones cuando en general utilizamos esta palabra para designar todos los pensamientos que no son acciones del alma o de las voluntades, pero no cuando la utilizamos para significar conocimientos evidentes, porque la experiencia hace ver que los hombres más agitados por sus pasiones no son los que mejor las conocen, y que éstas figuran entre las percepciones que la estrecha alianza existente entre el alma y el cuerpo hace confusas y oscuras. También se las puede llamar sentimientos, puesto que son recibidas en el alma de la misma manera que los objetos de los sentidos externos y el alma no las conoce de otro modo; pero igualmente se las puede llamar, con más precisión, emociones del alma, no sólo porque esta palabra puede designar todos los cambios que tienen lugar en ella, es decir, todos los diversos pensamientos que le llegan, sino particularmente porque de todas las clases de pensamientos que el alma puede tener ninguno la agita y la sacude tan fuertemente como estas pasiones.

Art. 29. Explicación de la otra parte
Añado que (las pasiones) se refieren particularmente al alma para distinguirlas de los otros sentimientos que se refieren, unos a los objetos exteriores —como los olores, los sonidos, los colores— y otros a nuestro cuerpo —como el hambre, la sed, el dolor—. Añado también que son motivadas, mantenidas y amplificadas por algún movimiento de los espíritus a fin de distinguirlas de nuestras voluntades, que podemos llamar emociones del alma que se refieren a ella, pero que son causadas por ella misma, y también a fin de explicar su última y más próxima causa, que las distingue igualmente de los otros sentimientos.

Art. 30. El alma está unida a todas las partes del cuerpo conjuntamente
Pero para entender más perfectamente todas estas cosas hay que saber que el alma está de verdad unida a todo el cuerpo y que, hablando con propiedad, no se puede decir que esté en una de sus partes con exclusión de las otras, puesto que es uno y en cierto modo indivisible debido a la disposición de sus órganos que se relacionan entre sí de tal manera que, cuando uno de ellos es suprimido, eso hace defectuoso a todo el cuerpo; y puesto que el alma es de una naturaleza que no tiene relación alguna con la extensión ni con las dimensiones u otras propiedades de la materia de que se compone el cuerpo, sino solamente con todo el conjunto de sus órganos, como se deduce del hecho de que en modo alguno se podría concebir la mitad o la tercera parte de un

alma, ni qué extensión ocupa, y de que no se hace pequeña porque se suprima alguna parte del cuerpo, sino que se separa enteramente de él cuando se disuelve el conjunto de sus órganos.

Art. 31. Hay una pequeña glándula situada en el cerebro y en la que el alma ejerce sus funciones más particularmente que en las demás partes

Asimismo debemos saber que, aunque el alma está unida a todo el cuerpo, hay en él una parte en la que ejerce sus funciones más particularmente que en todas las demás; y generalmente se cree que dicha parte es el cerebro, o tal vez el corazón: el cerebro porque con él se relacionan los órganos de los sentidos; y el corazón porque al parecer es en él donde se sienten las pasiones. Pero, examinando el asunto detenidamente, creo haber llegado a la evidencia de que la parte del cuerpo en la que el alma ejerce inmediatamente sus funciones no es el corazón ni tampoco todo el cerebro, sino solamente la más interior de sus partes, que es una determinada glándula muy pequeña, situada en el centro de su sustancia y suspendida encima del conducto a través del cual los espíritus de las cavidades anteriores se comunican con los de la posterior, de tal manera que los menores movimientos que se producen en ésta contribuyen mucho a cambiar el curso de estos espíritus, y recíprocamente, los más pequeños cambios que tienen lugar en el curso de los espíritus contribuyen en gran medida a cambiar los movimientos de dicha glándula.

Art. 32. Cómo se sabe que esta glándula es la sede principal del alma

La razón que me ha llevado a persuadirme de que el alma no puede ocupar en todo el cuerpo ningún otro lugar que esta glándula en la que ejerce inmediatamente sus funciones es que considero que todas las otras partes de nuestro cerebro son dobles del mismo modo que tenemos dos ojos, dos manos, dos oídos y que, en definitiva, todos los órganos de nuestros sentidos externos son dobles; ahora bien, puesto que no tenemos más que un único y simple pensamiento de una misma cosa al mismo tiempo, resulta absolutamente necesario que exista algún lugar en donde las dos imágenes que llegan a través de los dos ojos, o las otras dos impresiones que procedentes de un solo objeto nos llegan a través de los dobles órganos de los otros sentidos, se puedan juntar en una, antes de pasar al alma, a fin de que no le representen dos objetos en vez de uno. Se puede concebir fácilmente que estas imágenes u otras impresiones se juntan en la citada glándula por mediación de los espíritus que llenan las cavidades del cerebro,

pero no hay en el cuerpo ningún otro lugar donde puedan unirse así sino después de haberlo hecho en esta glándula.

Art. 33. La sede de las pasiones no es el corazón

La opinión de los que piensan que el alma recibe sus pasiones en el corazón es completamente irrelevante, pues su único fundamento es que las pasiones hacen sentir en él alguna alteración; y es fácil observar que esta alteración sólo se siente, como en el corazón, por medio de un pequeño nervio que desciende del cerebro hacia él, de la misma manera que el dolor se siente como en el pie por medio de los nervios del pie y los astros son percibidos como en el cielo por medio de su luz y de los nervios ópticos. En consecuencia: no es necesario que nuestra alma ejerza inmediatamente sus funciones en el corazón para sentir en él sus pasiones, como no lo es que el alma esté en el cielo para ver en él los astros.

Art. 34. Cómo actúan una sobre otro el alma y el cuerpo

Así, pues, concebimos aquí que el alma tiene su sede principal en la pequeña glándula que hay en medio del cerebro desde donde irradia a todo el resto del cuerpo por medio de los espíritus, de los nervios e incluso de la sangre, que, participando en las impresiones de los espíritus, las puede llevar a través de las arterias a todos los miembros; y recordando lo que se ha dicho antes acerca de la máquina de nuestro cuerpo (a saber, que los hilillos de nuestros nervios están distribuidos por todas sus partes de tal manera que, cuando los objetos sensibles provocan en ellos diversos movimientos, abren diversamente los poros del cerebro, lo que hace que los espíritus animales contenidos en estas cavidades entren diversamente en los músculos, con lo cual pueden mover los miembros de todas las diferentes maneras como éstos pueden ser movidos, y también que todas las demás causas que pueden mover de diferentes maneras los espíritus bastan para conducirlos a los distintos músculos),[2] es posible añadir ahora que la pequeña glándula, sede principal del alma, está suspendida de tal modo entre las cavidades que contienen estos espíritus que puede ser movida por ellos de tantas maneras diferentes como diferencias sensibles hay en los objetos; pero que puede también ser diversamente movida por el alma, la cual es de tal naturaleza que recibe tantas impresiones diferentes, es

[2] Aunque estos signos de paréntesis no figuran en el original francés creemos que su inclusión facilita la lectura del texto.

decir, tiene tantas percepciones distintas, como diversos movimientos se producen en esta glándula; así también, recíprocamente, la máquina del cuerpo está compuesta de tal modo que, por el mero hecho de que esta glándula es diversamente movida por el alma o por cualquier otra causa que pueda serlo, impulsa a los espíritus que la rodean hacia los poros del cerebro y éstos los conducen, a través de los nervios, hasta los músculos, mediante lo cual les hace mover los miembros.

Art. 35. Ejemplo de la manera como las impresiones de los objetos se unen en la glándula que está en medio del cerebro

Así, por ejemplo, cuando vemos que un animal viene hacia nosotros, la luz reflejada por su cuerpo pinta dos imágenes del mismo, una en cada uno de nuestros ojos, y estas dos imágenes forman otras dos, por medio de los nervios ópticos, en la superficie interior del cerebro que mira a sus concavidades; luego, desde aquí, por mediación de los espíritus que llenan estas cavidades, las imágenes citadas irradian de tal forma hacia la pequeña glándula rodeada por esos espíritus que el movimiento que compone cada punto de una de las imágenes tiende hacia el mismo punto de la glándula hacia el cual tiende el movimiento que forma el punto de la otra imagen, la cual representa la misma parte de este animal y, con ello, las dos imágenes que están en el cerebro componen una sola en la glándula, que, actuando inmediatamente sobre el alma, le hace ver la figura del animal citado.

Art. 36. Ejemplo de la manera como son provocadas las pasiones en el alma

Y, además de lo dicho, cuando esta figura es muy extraña y muy horrible, es decir, cuando tiene mucha relación con las cosas que en otro momento han sido nocivas al cuerpo, provoca en el alma la pasión del temor, y luego la del valor, o bien la del miedo y la del terror, según el temperamento del cuerpo o la fuerza del alma y según que, de antemano, nos hayamos preparado para la defensa ante o para la huida de las cosas nocivas con las que tiene relación la impresión presente; pues esto, en algunos hombres, sitúa al cerebro en tal disposición que los espíritus reflejos de la imagen así formada en la glándula pasan desde ésta a presentarse, parte en los nervios que sirven para volver la espalda y mover las piernas para huir, y parte en los que dilatan o contraen de tal modo los orificios del corazón, o bien agitan de tal modo las otras partes de donde le llega la sangre, que, rarificada ésta de manera distinta a la habitual, envía al cerebro espíritus apropiados para mantener abiertos o para abrir inmediatamente los poros del cerebro

que los conducen a los mismos nervios. En efecto, nada más entrar en estos poros dichos espíritus provocan un movimiento particular en la glándula, la cual ha sido creada por la naturaleza para hacer sentir al alma tal pasión; y como estos poros se relacionan principalmente con los pequeños nervios que sirven para estrechar o agrandar los orificios del corazón, esto hace que el alma la sienta principalmente como si estuviera en el corazón.

Art. 37. Cómo aparece que todas ellas son causadas por algún movimiento de los espíritus

Y que algo semejante ocurre en todas las demás pasiones, o sea, que son causadas principalmente por los espíritus que están contenidos en las cavidades del cerebro, en tanto que se dirigen hacia los nervios que sirven para dilatar o contraer los orificios del corazón, o para impulsar diversamente hacia él la sangre que está en las demás partes, o, de cualquier otro modo, para mantener la misma pasión, se puede comprender claramente a partir de aquí por qué he dicho antes, al definirlas, que son causadas por algún movimiento particular de los espíritus.

Art. 38. Ejemplo de los movimientos del cuerpo que acompañan a las pasiones y no dependen del alma

Por lo demás, de la misma manera que la circulación de estos espíritus hacia los nervios del corazón basta para dar movimiento a la glándula que pone el miedo en el alma, así también, por el simple hecho de que algunos espíritus van al mismo tiempo hacia los nervios que sirven para mover las piernas para huir, causan en la misma glándula otro movimiento por medio del cual el alma siente y percibe esta huida, que de esta manera puede ser provocada en el cuerpo por la simple disposición de los órganos y sin que el alma contribuya a ello.

Art. 39. Cómo una misma causa puede provocar diversas pasiones en diversos hombres

La misma impresión que provoca en la glándula la presencia de un objeto horrible y que causa el miedo en algunos hombres, puede provocar en otros el valor y la osadía. La razón de esto reside en que no todos los cerebros están dispuestos del mismo modo y en que el mismo movimiento de la glándula, que en algunos provoca el miedo, hace en otros que los espíritus entren en los poros del cerebro que los conducen, parte a los nervios que sirven para mover las manos

para defenderse, y parte a los que agitan e impulsan la sangre hacia el corazón en la forma requerida para producir espíritus dispuestos a continuar esta defensa y a mantener la voluntad de la misma.

Art. 40. Cuál es el efecto principal de las pasiones
Hay que señalar que el efecto principal de todas las pasiones en los hombres es incitar y disponer su alma con el fin de que quieran las cosas para las cuales preparan sus cuerpos; de suerte que el sentimiento del miedo incita a querer huir, el del valor a querer combatir, y así sucesivamente.

Art. 41. Cuál es el poder del alma respecto del cuerpo
Pero la voluntad es por naturaleza tan libre que jamás puede ser constreñida; y de las dos clases de pensamientos que he distinguido en el alma —sus acciones, es decir, sus voluntades, y sus pasiones, tomando esta palabra en su significado más general, que incluye todo tipo de percepciones—, las primeras están en su poder absolutamente y sólo indirectamente pueden ser modificadas por el cuerpo, de la misma manera que, por el contrario, las últimas dependen absolutamente de las acciones que las producen y sólo indirectamente pueden ser modificadas por el alma, excepto cuando esta misma es su causa. Y toda la acción del alma consiste en que por el simple hecho de que quiere algo, hace que la pequeña glándula a la que se halla estrechamente unida se mueva de manera apropiada para producir el efecto correspondiente a esta voluntad.

Art. 42. Cómo encontramos en la memoria las cosas que queremos recordar
Así, cuando el alma quiere recordar algo, esta voluntad hace que la glándula, inclinándose sucesivamente hacia diversos lados, impulse a los espíritus hacia distintos lugares del cerebro, hasta que encuentran aquel en que están las huellas que ha dejado el objeto que queremos recordar, puesto que dichas huellas no son sino los poros del cerebro por donde circularon antes los espíritus a causa de la presencia de este objeto y con lo cual adquirieron más facilidad que los otros para ser abiertos de nuevo por los espíritus que vienen hacia ellos de la misma manera; de suerte que los espíritus, al encontrar estos poros, entran dentro más fácilmente que en los otros, suscitando así un movimiento particular en la glándula, movimiento que representa al alma el mismo objeto y le permite identificar aquel que quería recordar.

Art. 43. Cómo el alma puede imaginar, estar atenta y mover el cuerpo
Asimismo, cuando queremos imaginar algo que no hemos visto nunca, esta voluntad tiene la fuerza de hacer que la glándula se mueva de manera apropiada para impulsar a los espíritus hacia los poros del cerebro por cuya abertura puede ser representada esta cosa; cuando queremos fijar nuestra atención en la consideración prolongada de un mismo objeto, la voluntad mantiene durante este tiempo la glándula inclinada hacia un mismo lado; y, por último, cuando queremos andar o mover el cuerpo de otra manera, la voluntad hace que la glándula impulse a los espíritus hacia los músculos que sirven para este efecto.

Art. 44. Cada voluntad está unida naturalmente a algún movimiento de la glándula; pero a propósito o por hábito, se la puede unir a otros
Sin embargo, no siempre la voluntad de ejercer en nosotros algún movimiento o algún otro efecto es la que puede hacer que lo excitemos; pero esto cambia según que la naturaleza o el hábito hayan unido diversamente cada movimiento de la glándula a cada pensamiento. Así, por ejemplo, si queremos disponer los ojos para mirar un objeto muy alejado, esta voluntad hace que se dilaten sus pupilas; y si queremos prepararlos para mirar un objeto muy próximo, la voluntad hace que se contraigan; pero si solamente pensamos en dilatar la pupila, no la dilatamos por más voluntad que se ponga en ello, pues la naturaleza no ha unido el movimiento de la glándula que sirve para impulsar los espíritus hacia el nervio óptico en la manera apropiada para dilatar o contraer la pupila con la voluntad de dilatarla o contraerla, sino más bien con la de mirar objetos alejados o próximos. Y el hecho de que al hablar no pensemos más que en el sentido de lo que queremos decir hace que movamos la lengua y los labios con más rapidez y mucho mejor que si pensamos en moverlos de todas las maneras que se requieren para proferir las mismas palabras, puesto que el hábito que hemos adquirido al aprender a hablar ha hecho que juntemos la acción del alma, que, por mediación de la glándula, puede mover la lengua y los labios, con el significado de las palabras que siguen a estos movimientos, y no con los movimientos mismos.

Art. 45. Cuál es el poder del alma respecto de sus pasiones
Nuestras pasiones tampoco pueden ser directamente excitadas ni suprimidas por la acción de nuestra voluntad, pero pueden serlo indirectamente por la representación de las cosas que acostumbran ir

unidas a las pasiones que queremos tener y que son contrarias a las que queremos rechazar. Así, para excitar el valor y suprimir el temor no basta con tener la voluntad de ello, sino que hay que dedicarse a considerar las razones, los objetos o los ejemplos que persuaden de que el peligro no es grande, de que siempre se está más seguro defendiéndose que huyendo, de que se tendrá la gloria y el júbilo de haber vencido, mientras que de haber huido o de otras actitudes parecidas no se puede esperar más que lamentaciones y vergüenza.

Art. 46. Cuál es la razón que impide al alma disponer enteramente de sus pasiones

Existe una razón particular que impide al alma cambiar o detener rápidamente sus pasiones y que me ha dado pie para afirmar, a la hora de definir éstas, que no son solamente causadas, sino también conservadas y amplificadas por algún movimiento particular de los espíritus. Esta razón es que casi todas ellas van acompañadas por alguna emoción que se produce en el corazón y, por consiguiente, también en toda la sangre y los espíritus, de suerte que, hasta que no cesa esta emoción, siguen presentes en nuestro pensamiento de la misma manera que los objetos sensibles están presentes en él mientras actúan sobre los órganos de nuestros sentidos. Y así como el alma, cuando está muy atenta a otra cosa, puede no oír un murmullo o no sentir un dolor débil, pero no puede dejar de oír el trueno o de sentir el fuego que quema la mano, así también puede superar fácilmente las menores pasiones pero no las más violentas y las más fuertes hasta que haya cesado la emoción de la sangre y de los espíritus. Lo más que puede hacer la voluntad mientras dure esta emoción es no consentir en sus efectos y contener algunos de los movimientos para los que dispone el cuerpo. Por ejemplo, cuando la cólera hace levantar la mano para golpear, la voluntad puede ordinariamente contenerla; cuando el miedo incita a huir a la gente, la voluntad puede detenerla, y lo mismo en otros casos.

Art. 47. En qué consisten los combates, que habitualmente nos imaginamos, entre la parte inferior y la parte superior del alma

Todos los combates que habitualmente nos imaginamos que tienen lugar entre la parte inferior del alma, llamada sensitiva, y la parte superior, que es razonable, o entre los apetitos naturales y la voluntad, consisten en la repugnancia que existe entre los movimientos que, el cuerpo por medio de sus espíritus y el alma por medio de su voluntad,

tienden a provocar al mismo tiempo en la glándula. En efecto, en nosotros no hay más que un alma y esta alma no tiene en sí diversidad alguna de partes, sino que es la misma, sensitiva y razonable a la vez, todos sus apetitos son voluntades. El error que se ha cometido al hacerle representar distintos personajes, ordinariamente opuestos unos a otros, procede de que no se ha sabido distinguir claramente sus funciones de las del cuerpo, que es al único al que se debe atribuir todo lo que repugna a nuestra razón y puede ser observado en nosotros; de manera que aquí no hay más combate que el derivado del hecho de que, al poder ser impulsada la glándula que reside en el centro del cerebro de un lado por el alma y del otro por los espíritus animales —que no son sino cuerpos, como he dicho antes—, suele ocurrir que estos dos impulsos sean contrarios y que el más fuerte impida el efecto del otro. Ahora bien, se pueden distinguir dos clases de movimientos provocados por los espíritus en la glándula: unos representan al alma los objetos que mueven los sentidos o las impresiones que se encuentran en el cerebro y no ejercen presión alguna sobre su voluntad; otros ejercen cierta presión —son los que causan las pasiones o los movimientos del cuerpo que las acompañan—. En cuanto a los primeros, aunque a menudo impiden las acciones del alma o bien son impedidos por éstas, no se observa combate alguno entre ellos debido a que no son directamente contrarios. Dichos combates solamente son observados entre los últimos y las voluntades que los rechazan; por ejemplo, entre el esfuerzo con que los espíritus impulsan la glándula para causar en el alma el deseo de algo, y entre los últimos y las voluntades que los rechazan; por la voluntad que tiene de evitar la misma cosa; y la razón principal que origina este combate es que, al no poder la voluntad provocar directamente las pasiones, como ya se ha dicho antes, se ve obligada a hacerlo artificialmente y a ponerse a considerar de modo sucesivo diversas cosas, con lo cual, si ocurre que una es capaz de cambiar por un momento el curso de los espíritus, puede ocurrir que la siguiente no lo sea y que inmediatamente después los espíritus reanuden su curso, debido a que la disposición que ha precedido en los nervios, en el corazón y en la sangre no se ha modificado, lo cual hace que el alma se sienta impulsada casi al mismo tiempo a desear y no desear una misma cosa. Tal es el motivo de que se haya creído que en ella existen dos potencias que se combaten. Ello no obstante, se puede concebir también alguna lucha por el hecho de que con frecuencia la misma causa que provoca en el alma una pasión provoca igualmente ciertos movimientos en el cuerpo a los que el alma no con-

tribuye, y que detiene o procura detener tan pronto como los apercibe. Una experiencia de esto la tenemos cuando lo que provoca el miedo hace también que los espíritus entren en los músculos que sirven para mover las piernas y huir, mientras que la voluntad que tenemos de ser valientes los detiene.

Art. 48. En qué se conoce la fuerza o la debilidad de las almas y cuál es el mal de las más débiles

Pues bien: por el éxito de estos combates cada cual puede saber la fuerza o la debilidad de su alma; aquellos cuya voluntad puede de modo natural vencer más fácilmente las pasiones y detener los movimientos del cuerpo que las acompañan, tienen, sin duda, las almas más fuertes; pero hay algunos que no pueden experimentar su fuerza porque nunca hacen combatir a su voluntad con sus armas propias, sino solamente con aquellas que le proporcionan ciertas pasiones para resistir a otras. Lo que denomino «sus armas propias» son juicios firmes y determinados referentes al conocimiento del bien y del mal, con arreglo a los cuales (la voluntad) ha resuelto conducir las acciones de su vida. Y las almas más débiles de todas son aquellas cuya voluntad no se determina a seguir ciertos juicios, sino que una y otra vez se deja llevar por las pasiones presentes, las cuales, como con frecuencia son contrarias unas a otras, la arrastran alternativamente a su partido y, empleándola en combatir contra sí misma, colocan al alma en el más deplorable estado posible. Así, cuando el miedo se representa la muerte como un mal extremo y que sólo puede ser evitado huyendo, si, por otro lado, se representa la infamia de esta huida como un mal peor que la muerte, estas dos pasiones agitan diversamente la voluntad, la cual, obedeciendo ya a una, ya a la otra, se opone continuamente a sí misma y de este modo hace al alma esclava y desventurada.

Art. 49. La fuerza del alma no basta sin el conocimiento de la verdad

Es cierto que hay muy pocos hombres tan débiles e irresolutos que no quieran nada más que lo que su pasión les dicta. La mayoría tienen juicios determinados de acuerdo con los cuales regulan una parte de sus acciones; y, aunque a menudo dichos juicios sean falsos e incluso fundados en algunas pasiones por las que en otro momento la voluntad se ha dejado vencer o seducir, sin embargo, debido a que continúa siguiéndolos cuando la pasión que los ha causado está ausente, pueden ser considerados como armas propias de la voluntad y pensar que las almas son más fuertes o más débiles según que sean capaces de

seguir más o menos esos juicios y resistir a las pasiones presentes que les son contrarias. Pero hay, no obstante, una gran diferencia entre las resoluciones que proceden de alguna opinión falsa y las que se apoyan exclusivamente en el conocimiento de la verdad, porque si seguimos estas últimas tendremos la seguridad de no sentir nunca pesar ni arrepentimiento, mientras que de haber seguido las primeras lo sentimos siempre, cuando descubrimos el error.

Art. 50. No hay alma tan débil que no pueda adquirir un poder absoluto sobre sus pasiones, si está bien conducida

Tiene utilidad saber aquí que, como ya se ha dicho antes, aunque cada movimiento de la glándula parezca haber sido unido por la naturaleza a cada uno de nuestros pensamientos desde el comienzo de nuestra vida, se los puede unir a otros por hábito, como lo demuestra la experiencia de las palabras que provocan movimientos en la glándula, los cuales, según lo establecido por la naturaleza, sólo representan al alma su sonido cuando son proferidas por la voz, o la figura de sus letras cuando están escritas, y que, sin embargo, por el hábito que se ha adquirido al pensar en lo que significan cuando se ha oído su sonido o cuando se han visto sus letras, suelen hacer concebir este significado mejor que la figura de sus letras o el sonido de sus sílabas. También es útil saber que, aunque los movimientos, tanto de la glándula como de los espíritus y del cerebro, que representan al alma ciertos objetos vayan naturalmente unidos a los que provocan en ella ciertas pasiones, pueden, no obstante, separarse a veces de éstos por hábito y unirse a otros muy diferentes; e incluso este hábito puede ser adquirido por una sola acción y no requiere un largo uso. Así, por ejemplo, cuando de repente encontramos algo muy sucio en un manjar que se come con apetito, la sorpresa de este encuentro puede cambiar de tal manera la disposición del cerebro que en lo sucesivo no podamos mirar dicho manjar sin sentir horror, mientras que antes lo comíamos con placer. Cosa que también es observable en los animales, pues, aunque carezcan de razón y acaso de todo pensamiento, también en ellos se dan todos los movimientos de los espíritus que provocan en el hombre las pasiones y sirven para mantener y fortalecer, no como en nosotros las pasiones, sino los movimientos de los nervios y de los músculos que habitualmente las acompañan. Así, cuando un perro ve una perdiz, se siente naturalmente impulsado a correr hacia ella; y cuando oye disparar un fusil, este ruido le incita naturalmente a huir; pero, a pesar de ello, es corriente domesticar a los perros de caza de tal manera

que el ver una perdiz los hace detenerse y el ruido que oyen después, cuando se dispara sobre aquélla, hace que corran en su busca. Pues bien, es útil saber estas cosas para que cada cual adquiera el valor de aprender a vigilar sus pasiones, puesto que si con un poco de iniciativa se pueden modificar los movimientos del cerebro en los animales desprovistos de razón, es evidente que eso mismo se puede conseguir, todavía con más facilidad, en los hombres, y que incluso los que tienen las almas más débiles podrían adquirir un dominio muy absoluto sobre sus pasiones haciéndose el firme propósito de adiestrarlas y conducirlas.[3]

[3] En el original: *[...] si on employait assez d'industrie à les dresser et à les conduire*. He variado un poco la traducción literal de la frase para evitar ambigüedades. Basándome en la expresión castellana «de industria» (equivalente a la francesa *d'industrie*), que significa «de intento, de propósito», he traducido: «haciéndose el firme propósito», etc.

DEL NÚMERO Y DEL ORDEN DE LAS PASIONES Y EXPLICACIÓN DE LAS SEIS PRIMARIAS

Art. 51. Cuáles son las primeras causas de las pasiones
De lo dicho anteriormente se deduce que la última y más próxima causa de las pasiones del alma no es otra que la agitación con que los espíritus mueven la pequeña glándula que hay en el centro del cerebro. Pero eso no basta para poder distinguir unas de otras; es necesario investigar sus fuentes y examinar sus primeras causas. Ahora bien, aunque a veces pueden ser causadas por la acción del alma, que se determina a concebir tales o cuales objetos, y también solamente por el temperamento del cuerpo o por las impresiones que se encuentran fortuitamente en el cerebro —como sucede cuando uno se siente triste o alegre sin saber por qué—, no obstante, por lo que se ha dicho, parece que todas pueden ser también provocadas por los objetos que mueven los sentidos, y que estos objetos son sus causas más corrientes y principales. De donde se sigue que, para hallarlas todas, basta considerar todos los efectos de dichos objetos.

Art. 52. Cuál es su uso y cómo pueden ser enumeradas
Observo, además, que los objetos que mueven los sentidos no excitan en nosotros diversas pasiones en razón de todas las diversidades que hay en ellos, sino solamente en razón de las diversas maneras como pueden dañarnos o aprovecharnos, o bien, en general, ser importantes; y que el uso de todas las pasiones consiste en el simple hecho de que disponen el alma para querer las cosas que la naturaleza nos prescribe como útiles, y para persistir en esta voluntad, del mismo modo que la agitación de los espíritus que generalmente las causa dispone al cuerpo para los movimientos que sirven para la ejecución de estas cosas. Por eso, a la hora de enumerarlas, basta con examinar por orden de cuántas diversas maneras que nos importan pueden nuestros sen-

tidos ser movidos por sus objetos; enumeraré aquí todas las pasiones principales siguiendo el orden en que pueden ser descubiertas.

ORDEN Y ENUMERACIÓN DE LAS PASIONES

Art. 53. La admiración

Cuando nos sorprende el primer encuentro con algún objeto y lo juzgamos nuevo o muy distinto de lo que conocíamos hasta ahora o bien de lo que suponíamos que debía ser, lo admiramos sorprendidos; y puesto que esto puede ocurrir antes de que sepamos si dicho objeto nos es conveniente o no, creo que la admiración es la primera de todas las pasiones. Pasión que, además, no tiene contrario, ya que, si el objeto presente no posee nada que nos sorprenda, no nos conmueve en modo alguno y lo consideramos desapasionadamente.

Art. 54. La estimación o el desprecio, la generosidad o el orgullo y la humildad o la bajeza

A la admiración va unida la estimación[4] o el desprecio, según que lo que admiremos sea la grandeza o la pequeñez de un objeto. Podemos así estimarnos o menospreciarnos a nosotros mismos, de donde resultan las pasiones, y luego los hábitos de magnanimidad o de orgullo y de humildad o de bajeza.

Art. 55. La veneración y el desdén

Pero cuando estimamos o despreciamos otros objetos que consideramos como causas libres capaces de hacer el bien o el mal, la estima se convierte en veneración y el simple desprecio en desdén.

Art. 56. El amor y el odio

Ahora bien, todas las pasiones precedentes pueden ser excitadas en nosotros sin que advirtamos en modo alguno si el objeto que las causa es bueno o malo. Pero cuando una cosa se nos presenta como buena para nosotros, o sea, como algo que nos conviene, esto nos hace sentir amor por ella; y, cuando se nos presenta como mala o nociva, nos hace sentir odio.

---

[4] Sobre la consideración de la estimación y el desprecio como pasiones, *vid.* art. 149.

Art. 57. El deseo

De la misma consideración del bien y del mal nacen todas las demás pasiones; pero, para ponerlas por orden, distingo los tiempos, y, considerando que nos llevan a mirar hacia el futuro más que hacia el presente o el pasado, empiezo por el deseo. En efecto, es evidente que esta pasión mira siempre hacia el porvenir no sólo cuando se desea adquirir un bien que aún no se tiene o evitar un mal que nos parece inminente, sino también cuando se desea, sin más, la conservación de un bien o la ausencia de un mal, que es a lo único a que puede aspirar esta pasión.

Art. 58. La esperanza, el temor, la celotipia,[5] *la seguridad y la desesperación*

Basta pensar que la adquisición de un bien o el apartarse de un mal es posible para verse movido a desearlo. Pero cuando se considera, además, si hay muchas o pocas probabilidades de conseguir lo que se desea, aquello que nos hace ver que hay muchas produce en nosotros la esperanza y lo que nos hace ver que hay pocas provoca el temor, una especie del cual es la celotipia. Cuando la esperanza es muy grande, cambia de naturaleza y se llama seguridad o certidumbre, y, al contrario, el extremado temor se convierte en desesperación.

Art. 59. La irresolución, la valentía, la audacia, la emulación, la cobardía y el terror

Podemos, pues, esperar y temer, aunque el acontecimiento que va a tener lugar no depende en absoluto de nosotros; pero cuando se nos presenta como dependiente, puede haber dificultad en la elección de los medios o en la ejecución. De la primera nace la irresolución, que nos dispone a deliberar y tomar consejo. A la segunda se opone la valentía o la audacia, una especie de la cual es la emulación. Y la cobardía es lo contrario de la valentía, así como el miedo o el terror es lo contrario de la audacia.

Art. 60. El remordimiento

Y si uno está determinado a actuar antes de que haya desaparecido la irresolución, esto hace surgir el remordimiento de conciencia, que no se refiere al tiempo futuro como las pasiones precedentes, sino al presente o al pasado.

---

[5] «Celotipia» traduce el francés *jalousie* (en lenguaje común «celos»).

Art. 61. La alegría y la tristeza
La consideración del bien presente suscita en nosotros la alegría; la consideración del mal, la tristeza, cuando se trata de un bien o de un mal que se nos presenta como algo nuestro.

Art. 62. La burla, la envidia, la piedad
Pero cuando se nos presenta como perteneciente a otros hombres, podemos juzgarlos dignos o indignos de él; y cuando los juzgamos dignos, ello no produce en nosotros otra pasión que la alegría, porque para nosotros es un bien ver que las cosas suceden como es debido. La única diferencia está en que la alegría que procede del bien es seria, mientras que la que procede del mal va acompañada de risas y burlas. Pero si los juzgamos indignos, el bien suscita la envidia y el mal la piedad, que son dos especies de la tristeza. Y es de observar que las mismas pasiones que se refieren a bienes o males presentes también pueden a menudo ser referidas a los del porvenir, puesto que la opinión que tenemos en el sentido de que han de ocurrir los hace aparecer como presentes.

Art. 63. La autosatisfacción y el arrepentimiento
Podemos considerar también la causa del bien o del mal, tanto presente como pasado. El bien que ha sido hecho por nosotros mismos nos proporciona una satisfacción interior, que es la más dulce de todas las pasiones, mientras que el mal induce al arrepentimiento, que es la pasión más amarga.

Art. 64. La simpatía y el agradecimiento
En cambio, el bien que ha sido hecho por otros es la causa de que sintamos simpatía por ellos, aunque dicho bien no se nos haya hecho a nosotros; en este último caso, a la simpatía unimos el agradecimiento.

Art. 65. La indignación y la ira
Asimismo, el mal hecho por otros y que no se refiere a nosotros sólo hace que nos indignemos con ellos; cuando sí se refiere a nosotros, nos mueve también a la ira.

Art. 66. La gloria y la vergüenza
Por otra parte, el bien que está o ha estado en nosotros, al afectar también a la opinión que los otros pueden tener de nosotros, nos da gloria, y el mal nos da vergüenza.

Art. 67. El hastío, la añoranza y el alivio
Algunas veces el carácter duradero del bien causa la saciedad o el hastío, mientras que el carácter duradero del mal disminuye la tristeza. Por último, del bien pasado surge la añoranza, que es una especie de tristeza, y del mal pasado procede el alivio, que es una especie de alegría.

Art. 68. Por qué esta enumeración de las pasiones es distinta de la que ordinariamente se enseña
Tal es el orden que creo mejor en lo tocante a la enumeración de las pasiones. Sé perfectamente que en ella me alejo de todos los que hasta ahora han escrito sobre el tema, pero hay buenas razones para hacerlo así, ya que éstos deducen su enumeración de la distinción, en la parte sensitiva del alma, de dos apetitos a los que llaman *concupiscible* e *irascible*. Y como yo no encuentro en el alma ninguna distinción de partes —ya lo he dicho antes—, la única diferencia me parece que se refiere a que tiene dos facultades, una de desear y otra de rechazar; y puesto que el alma tiene de la misma manera las facultades de admirar, amar, esperar, temer y recibir en sí cada una de las demás pasiones, o de realizar las acciones a que la empujan dichas pasiones, no veo por qué han querido referirlas todas a la concupiscencia o a la ira. Además, su enumeración no incluye todas las pasiones principales, como creo que hace ésta. Y hablo sólo de las principales, pues aún se podrían distinguir otras varias más particulares y su número es indefinido.

Art. 69. Hay sólo seis pasiones primarias
En cualquier caso, el número de las pasiones simples y primarias no es muy elevado. En efecto, si pasamos revista a todas las que he enumerado, podrá observarse fácilmente que sólo hay seis que lo sean, a saber: la admiración, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza. Todas las demás están compuestas de algunas de estas seis o son especies de las mismas. Por eso, a fin de que su gran número no turbe al lector, trataré aquí separadamente de las seis primarias y después haré ver cómo todas las demás tienen su origen en éstas.

Art. 70. De la admiración. Su definición y su causa
La admiración es una súbita sorpresa del alma que le hace considerar con atención los objetos que le parecen raros o extraordinarios. Así, pues, es causada primeramente por la impresión que se tiene en el

cerebro, que representa el objeto como raro y, por consiguiente, digno de ser muy atendido; después, en segundo lugar, por los movimientos de los espíritus, dispuestos por esta impresión a dirigirse con gran fuerza hacia el lugar del cerebro donde se encuentra para fortalecerla y conservarla en él; dicha impresión los dispone también para pasar desde aquí a los músculos que sirven para mantener los órganos de los sentidos en la misma situación en que están, a fin de que éstos la conserven, si por ellos ha sido formada.

Art. 71. En esta pasión no tiene lugar ningún cambio en el corazón ni en la sangre

Esta pasión tiene la particularidad de que no se observa que vaya acompañada de ninguna modificación en el corazón ni en la sangre, como en las demás pasiones. La razón de esto radica en que, al no tener por objeto el bien o el mal, sino solamente el conocimiento de la cosa que se admira, no entra en relación con el corazón y la sangre, de los que depende todo el bien del cuerpo, sino solamente con el cerebro, donde están los órganos de los sentidos que sirven para este conocimiento.

Art. 72. En qué consiste la fuerza de la admiración

Lo que no impide que la admiración tenga mucha fuerza a causa de la sorpresa, es decir, del acaecimiento súbito e inopinado de la impresión que cambia el movimiento de los espíritus, sorpresa que es propia y particular de esta pasión; de suerte que cuando se encuentra en otras, como acostumbra encontrarse en casi todas y aumentarlas, es que la admiración va unida a ellas. Y la fuerza depende de dos cosas, a saber, de la novedad y de que el movimiento que origina tiene desde el comienzo toda su fuerza. Pues es evidente que un movimiento tal tiene más efecto que aquellos que, por ser débiles al principio y aumentar sólo poco a poco, pueden ser desviados fácilmente. Asimismo es evidente que los objetos de los sentidos que son nuevos afectan al cerebro en ciertas partes que habitualmente no son afectadas; y que al ser estas partes más tiernas o menos firmes que las que han sido endurecidas por una frecuente agitación, esto aumenta el efecto de los movimientos que los objetos provocan en ellas. Cosa que no parecerá difícil de creer si tenemos en cuenta que una razón semejante es la que hace que, estando las plantas de nuestros pies acostumbradas a un roce bastante duro, debido al peso del cuerpo que soportan, sintamos muy poco dicho roce cuando andamos, mientras que otro mucho menor y

más suave, como el de las cosquillas, nos resulta casi insoportable justamente porque no es habitual.

Art. 73. Qué es el asombro

Y esta sorpresa tiene tanto poder para hacer que los espíritus que se hallan en las cavidades del cerebro circulen hacia el lugar donde está la impresión del objeto admirado que a veces los empuja a todos hacia ese sitio y los obliga a estar tan ocupados en conservar esta impresión que no hay ninguno que pase de aquí a los músculos ni se desvíe en manera alguna de las primeras huellas que han seguido en el cerebro; esto da lugar a que todo el cuerpo permanezca inmóvil como una estatua y a que no se pueda percibir del objeto más que el primer aspecto que de él se presentó, ni, por consiguiente, adquirir un conocimiento de él más particular. A esto llamamos habitualmente estar asombrado; y el asombro es un exceso de admiración, que siempre es malo.

Art. 74. Para qué sirven todas las pasiones y en qué son nocivas

Ahora bien, a partir de lo que se ha dicho anteriormente resulta fácil saber que la utilidad de todas las pasiones no consiste sino en que fortalecen y mantienen en el alma pensamientos que es sano que mantenga y que, sin ellas, serían borrados fácilmente. Y todo el mal que pueden originar consiste en que fortalezcan y conserven estos pensamientos más de lo necesario, o bien fortalezcan y mantengan otros en los que no es sano detenerse.

Art. 75. Para qué sirve particularmente la admiración

En particular puede decirse acerca de la admiración que es útil porque hace que aprendamos y retengamos en nuestra memoria cosas que antes ignorábamos, pues admiramos lo que nos parece raro y extraordinario; y nada nos puede parecer tal si no lo ignorábamos o si no es diferente de las cosas que ya sabíamos. Esta diferencia es, efectivamente, lo que hace que se llame extraordinario. Ahora bien, aunque una cosa que nos era desconocida se presente de nuevo a nuestro entendimiento o a nuestros sentidos, no por eso la retenemos en nuestra memoria, si la idea que tenemos de ella no resulta fortalecida en el cerebro por alguna pasión, o también por la aplicación de nuestro entendimiento, al que la voluntad obliga a prestar atención y a reflexionar de manera particular. Las demás pasiones pueden servir para hacer que se observen las cosas que parecen buenas o malas, pero sólo sentimos admiración ante las que parecen raras. Por eso vemos que los que

no tienen ninguna inclinación natural a esta pasión son generalmente muy ignorantes.

Art. 76. En qué puede ser nociva y cómo se puede remediar su defecto y corregir su exceso

Pero ocurre mucho más a menudo que admiramos demasiado y que nos asombramos al percibir cosas que apenas merecen consideración y mucho menos que se las admire ni siquiera un poco. Y esto puede liquidar por completo o pervertir el uso de la razón. Por ello, aunque es sano haber nacido con una inclinación hacia esta pasión, porque nos prepara para la adquisición de las ciencias, debemos procurar luego liberarnos de ella lo más posible. En efecto, resulta fácil remediar su defecto por medio de una reflexión y atención particular a la cual nuestra voluntad puede arrastrar al entendimiento cuando juzgamos que la cosa que se presenta lo merece; pero para limitar la admiración excesiva no hay más remedio que adquirir el conocimiento de muchas cosas y ejercitarse en la consideración de todas aquellas que pueden parecer más raras y más extrañas.

Art. 77. No son los más estúpidos ni los más hábiles los más inclinados a la admiración

Por otra parte, aunque es cierto que los necios y estúpidos no están naturalmente inclinados a la admiración, esto no quiere decir que los que tienen más espíritu sean siempre los más inclinados a ella, sino principalmente aquellos que, aunque tengan un sentido común bastante bueno, no tienen, sin embargo, gran opinión de su suficiencia.

Art. 78. El exceso de admiración puede transformarse en hábito, si no se corrige

Aun cuando esta pasión parece disminuir por el hábito, puesto que cuanto mayor es el número de cosas raras que nos causan admiración más nos acostumbramos a dejar de admirarlas y a pensar que todas las que se pueden presentar en lo sucesivo son vulgares, sin embargo, siempre que la admiración es excesiva y presta atención sólo a la primera imagen de los objetos que se han presentado, sin adquirir otro conocimiento de ellos, deja tras de sí un hábito que dispone al alma a detenerse del mismo modo en todos los demás objetos que se presenten, a poco nuevos que le parezcan. Y esto es lo que prolonga la enfermedad de los que son ciegamente curiosos, es decir, que buscan las rarezas solamente para admirarlas y no para conocerlas. En efecto,

poco a poco se hacen tan admirativos que cosas sin la más mínima importancia los obligan a detenerse lo mismo que aquellas cuya investigación es más útil.

Art. 79. Definiciones del amor y del odio

El amor es una emoción del alma originada por el movimiento de los espíritus que la incita a unirse voluntariamente a los objetos que parecen serle apropiados. Y el odio es una emoción causada por los espíritus que incita al alma a querer separarse de los objetos que se le presentan como nocivos. Digo que estas emociones son causadas por los espíritus a fin de distinguir el amor y el odio, que son pasiones y dependen del cuerpo, tanto de los juicios que mueven también al alma a unirse de voluntad con las cosas que considera buenas y a separarse de las que considera malas, como de las emociones que estos juicios provocan por sí solos en el alma.

Art. 80. Qué es unirse o separarse de voluntad[6]

Por otra parte, con el término de voluntad no estoy hablando aquí del deseo, que es una pasión distinta y que se refiere al futuro, sino del consentimiento por el que uno se considera en el momento presente como unido con lo que se ama, de suerte que imaginamos un todo del que pensamos ser solamente una parte y la cosa amada otra. Y, a la inversa, en el odio uno se considera sólo como un todo enteramente separado de la cosa por la que se siente aversión.

Art. 81. De la distinción que habitualmente se hace entre el amor de concupiscencia y el de benevolencia

Ahora bien, habitualmente se distingue entre dos clases de amor, a uno de los cuales se le denomina amor de benevolencia, es decir, que incita a querer el bien para lo que se ama, y al otro amor de concupiscencia, es decir, que incita a desear la cosa que se ama. Pero me parece que esta distinción sólo tiene en cuenta los efectos del amor, y no su esencia, pues desde el momento en que nos unimos de voluntad a algún objeto, de la naturaleza que sea, es porque le queremos bien, o sea, unimos también a él de voluntad las cosas que creemos que le son convenientes, lo cual es uno de los principales efectos del amor.

[6] «De voluntad» («con gusto y benevolencia», dice la Academia) traduce el francés *de volonté*. Como se ve, la distinción que hace Descartes también es apropiada en castellano.

Y si juzgamos que es un bien poseerlo o estar asociado con él de otra manera que de voluntad, lo deseamos, lo cual es asimismo uno de los más ordinarios efectos del amor.

Art. 82. Cómo pasiones muy diferentes coinciden en participar del amor

No es necesario distinguir tantas clases de amor como diferentes objetos se puede amar; pues, por ejemplo, aunque sean muy distintas entre sí las pasiones de un ambicioso por la gloria, de un avaro por el dinero, de un borracho por el vino, de un hombre brutal por una mujer a la que quiera violar, de un hombre de honor por su amigo o por su amante y de un buen padre por sus hijos, son semejantes, sin embargo, en que participan del amor. Con todo, los cuatro primeros sólo sienten amor por la posesión de los objetos a que se refiere su pasión y no por los objetos mismos, por los cuales sienten solamente deseo mezclado con otras pasiones particulares, mientras que el amor de un buen padre por sus hijos es tan puro que no desea obtener nada de ellos y no quiere poseerlos de otro modo que como lo hace, ni estar unido a ellos más estrechamente de como lo está ya; sino que, considerándolos como si de él mismo se tratara, busca el bien de éstos como si fuera el suyo propio o incluso con mayor preocupación, porque, al imaginar que él y ellos forman un todo del que él no es la mejor parte, prefiere frecuentemente los intereses de éstos a los suyos y no teme perderse por salvarlos. El afecto que las personas de honor profesan a sus amigos es de esta naturaleza, aunque en raras ocasiones sea tan perfecta; y el que sienten por su amada participa mucho de aquélla, pero también un poco de la otra.

Art. 83. De la diferencia existente entre el simple afecto, la amistad y la devoción

Me parece que, con más razón, se puede distinguir el amor por la estima en que tenemos a lo que se ama en comparación con nosotros mismos; pues cuando estimamos el objeto de nuestro amor menos que a nosotros mismos sólo tenemos por él un simple afecto; cuando lo estimamos igual que a nosotros, lo llamamos amistad; y cuando lo estimamos más, dicha pasión puede ser denominada devoción. Así, por ejemplo, podemos sentir afecto por una flor, por un pájaro, por un caballo; pero, a menos de tener el espíritu muy trastornado, sólo podemos sentir amistad por los hombres. Y de tal modo son ellos el objeto de esta pasión que no hay hombre tan imperfecto que no se pueda sentir hacia él una amistad muy perfecta cuando se piensa que se es amado por él y se tiene el alma verdaderamente noble y genero-

sa, según explicaremos más adelante, en los artículos 154 y 156. En lo que respecta a la devoción, su principal objeto es sin duda la soberana Divinidad ante la que no se puede dejar de ser devoto cuando se la conoce como es debido; pero también se puede sentir devoción por el príncipe, por nuestro país, por nuestro pueblo, e incluso por un hombre particular, cuando le estimamos mucho más que a nosotros mismos. Ahora bien, la diferencia existente entre estas tres clases de amor se pone de manifiesto principalmente por sus efectos, porque, considerándonos vinculados y unidos a la cosa amada, estamos siempre dispuestos a abandonar la menor parte del todo que formamos con ella para conservar la otra; lo cual hace que en el simple afecto uno se prefiera siempre a lo que se ama y que, en cambio, en la devoción, se prefiera la cosa amada a uno mismo, de tal manera que no se teme la muerte con tal de conservarla. Ejemplos de esto se han dado a menudo en personas que se exponen a una muerte cierta por defender a su príncipe o a su ciudad y también, a veces, incluso por defender a personas de las que eran incondicionales.

Art. 84. No hay tantas clases de odio como de amor

Por otra parte, aunque el odio está directamente opuesto al amor, no se divide en tantas clases, porque la diferencia existente entre los males, de los que uno se ha separado de voluntad, no se distingue tanto como la existente entre los bienes a los que uno está unido.

Art. 85. De la complacencia y del horror

Y sólo encuentro una distinción considerable que sea análoga en uno y otro. Consiste en que tanto los objetos del amor como los del odio pueden ser representados al alma por los sentidos externos, o bien por los internos y por su propia razón; pues llamamos corrientemente bien o mal lo que nuestros sentidos internos o nuestra razón nos hacen considerar conveniente o contrario a nuestra naturaleza; pero llamamos bello o feo a lo que así nos presentan nuestros sentidos externos, principalmente el de la vista; de donde nacen dos clases de amor: el que sentimos por las cosas buenas y el que sentimos por las bellas, al que podemos darle el nombre de complacencia[7] para no confundirlo con el otro, ni con el deseo, al que frecuentemente se da el nombre de amor; asimismo, de aquí nacen dos clases de odio, una de las cuales se refiere a las cosas malas y la otra a las cosas feas. Esta última especie de

[7] «Complacencia», *agrément*.

odio puede denominarse horror o aversión para distinguirla. Pero lo más notable en este punto es que las pasiones de la complacencia y del horror suelen ser más violentas que las otras clases de amor o de odio, debido a que lo que llega al alma por los sentidos la impresiona más fuertemente que lo que le es presentado por su razón, aunque ordinariamente son menos verdaderas; de suerte que de todas las pasiones son éstas las que más engañan y de las que con más cuidado debemos guardarnos.

Art. 86. Definición del deseo

La pasión del deseo es una agitación del alma causada por los espíritus que la disponen a querer para el futuro cosas que se representan como convenientes. Así, no deseamos sólo la presencia del bien ausente, sino también la conservación del presente y además la ausencia del mal, tanto del que ya se tiene como del que creemos que vamos a padecer en el futuro.

Art. 87. Se trata de una pasión que no tiene contrario

Sé perfectamente que de ordinario en la Escuela se opone la pasión que tiende a la búsqueda del bien, que únicamente se llama deseo, a la que tiende a huir del mal, que se denomina aversión. Pero como no existe ningún bien cuya privación no sea un mal, ni ningún mal considerado como una cosa positiva y cuya privación no sea un bien, y como buscando, por ejemplo, las riquezas se huye necesariamente de la pobreza, huyendo de las enfermedades se busca la salud y así sucesivamente, creo que en todos los casos se trata de un mismo movimiento dirigido a la búsqueda del bien y al mismo tiempo a huir del mal, que es su contrario. La única diferencia que aquí observo es que el deseo que tenemos cuando se tiende hacia algún bien va acompañado de amor y luego de esperanza y de alegría, mientras que el mismo deseo, cuando tiende a alejarse del mal contrario a este bien, va acompañado de odio, temor y tristeza, lo que hace que se le considere contrario a sí mismo. Pero si tenemos en cuenta que se refiere igualmente, al mismo tiempo, a algún bien para buscarlo y al mal opuesto para evitarlo, podemos ver con mucha claridad que es una misma pasión la que hace lo uno y lo otro.

Art. 88. Cuáles son sus diversas especies

Más razonable sería diferenciar el deseo en tantas especies diversas como objetos diversos se busca; pues, por ejemplo, la curiosidad, que no es más que un deseo de conocer, difiere mucho del deseo de gloria,

y éste del deseo de venganza, y así sucesivamente. Pero aquí basta con saber que hay tantos como especies de amor o de odio y que los más considerables y los más fuertes son los que nacen de la complacencia y del horror.

Art. 89. Cuál es el deseo que nace del horror

Ahora bien: aunque no sea sino un mismo deseo el que tiende a buscar un bien y a huir del mal que es su contrario, como ya se ha dicho, el deseo que nace de la complacencia no deja de ser muy distinto del que nace del horror, pues esta complacencia y este horror, que son verdaderamente opuestos, no son el bien y el mal que sirven de objetos a estos deseos, sino solamente dos emociones del alma que la disponen a buscar dos cosas muy diferentes, a saber: el horror lo ha instituido la naturaleza para representar al alma una muerte súbita e inopinada, de suerte que, aunque no sea a veces más que el contacto con un gusano o el ruido de una hoja que tiembla, o su sombra, lo que produce horror, sentimos tanta emoción como si se presentara a los sentidos un evidentísimo peligro de muerte, lo cual hace surgir súbitamente la agitación que lleva al alma a emplear todas sus fuerzas con objeto de evitar un mal tan presente; y esta especie de deseo es lo que de ordinario se llama la huida o la aversión.

Art. 90. Cuál es el que nace de la complacencia

Por el contrario, la naturaleza ha instituido la complacencia para representar el goce de lo que agrada como el mayor de todos los bienes pertenecientes al hombre, lo cual hace que se desee muy ardientemente dicho goce. Verdad es que hay diversas clases de complacencia y que los deseos que de ella nacen no son todos igualmente potentes; pues, por ejemplo, la belleza de las flores sólo nos mueve a mirarlas y la de los frutos a comerlos. Pero la principal es la que proviene de las perfecciones que imaginamos en una persona que pensamos que puede llegar a ser nosotros mismos. En efecto, juntamente con la diferencia de sexo que la naturaleza ha puesto tanto en los hombres como en los animales irracionales se dan también ciertas impresiones en el cerebro que hacen que, a determinada edad y en cierto tiempo, uno se considere como defectuoso y como si no fuera más que la mitad de un todo cuya otra mitad debe ser una persona del otro sexo, de suerte que la adquisición de esta mitad es confusamente representada por la naturaleza como el más grande de todos los bienes imaginables. Y aunque veamos varias personas del otro sexo no por ello deseamos

varias al mismo tiempo, debido a que la naturaleza no hace imaginar que haya necesidad de más de una. Pero cuando observamos algo en una que agrada más que lo que al mismo tiempo observamos en las otras, esto determina al alma a sentir justamente por aquélla toda la inclinación que la naturaleza le da para buscar el bien que le presenta como el mayor que pueda poseerse; y esta inclinación o este deseo que así nace de la complacencia recibe el nombre de amor más generalmente que la pasión de amor antes descrita. Tiene igualmente efectos más extraños y es el que sirve de principal materia a los autores de novelas y a los poetas.

Art. 91. Definición de la alegría

La alegría es una emoción agradable del alma en la que consiste el goce que ésta siente del bien que las impresiones del cerebro le representan como suyo. Digo que en esta emoción consiste el goce del bien porque, en efecto, el alma no recibe ningún otro fruto de todos los bienes que posee; y mientras no siente ninguna alegría relacionada con ellos, puede decirse que no goza más que si no los poseyera. Añado que se trata del bien que las impresiones del cerebro le representan como suyo, a fin de no confundir esta alegría, que es una pasión, con la alegría puramente intelectual, que se produce en el alma sólo a partir de la acción del alma y que se puede decir que es una emoción agradable provocada en ella misma, en la cual consiste el goce que el alma tiene ante el bien que su entendimiento le representa como suyo. Es cierto que mientras el alma está unida al cuerpo la alegría intelectual casi siempre ha de ir acompañada de la alegría que es una pasión; efectivamente, tan pronto como nuestro entendimiento se da cuenta de que poseemos algún bien, aunque dicho bien pueda ser tan diferente de todo lo que pertenece al cuerpo que no sea en absoluto imaginable, la imaginación no deja de hacer incontinente alguna impresión en el cerebro, de la que resulta el movimiento de los espíritus que suscita la pasión de la alegría.

Art. 92. Definición de la tristeza

La tristeza es un desagradable abatimiento en el que consiste la incomodidad que el alma recibe del mal o de la falta que las impresiones del cerebro le representan como algo que le pertenece. Existe también una tristeza intelectual que no es propiamente la pasión, pero que casi nunca deja de acompañar a ésta.

Art. 93. Cuáles son las causas de estas dos pasiones

Ahora bien, cuando la alegría o la tristeza intelectual provoca así la que es una pasión, su causa resulta bastante evidente y, por sus definiciones, se ve que la alegría procede de la opinión que uno tiene en el sentido de poseer algún bien y la tristeza de la opinión que uno tiene en el sentido de poseer algún mal o algún defecto. Pero frecuentemente sucede que nos sentimos tristes o alegres sin que podamos señalar claramente el bien o el mal que lo origina, a saber, cuando este bien o este mal producen sus impresiones en el cerebro sin la intervención del alma, unas veces porque no pertenecen más que al cuerpo y otras porque, aunque pertenecen al alma, ésta no las considera como bien o mal, sino bajo alguna otra forma cuya impresión se encuentra unida con la del bien o del mal en el cerebro.

Art. 94. Cómo estas pasiones son suscitadas por bienes o males, que sólo se refieren al cuerpo, y en qué consisten el sentimiento agradable y el dolor

Así, cuando se goza de plena salud y el tiempo está más sereno que de costumbre sentimos en nosotros un contento que no proviene de ninguna función del entendimiento, sino solamente de las impresiones que el movimiento de los espíritus produce en el cerebro; y, del mismo modo, nos sentimos tristes cuando el cuerpo está indispuesto, aunque no sepamos que lo está. En este sentido, la agradable sensación sensitiva[8] va seguida tan de cerca por la alegría, y el dolor por la tristeza, que la mayoría de los hombres no los distinguen. Y, sin embargo, son tan diferentes que a veces se pueden sufrir dolores con alegría y recibir goces sensitivos que desagradan. Mas, la causa que hace que por lo general la alegría resulte de la agradable sensación sensitiva es que todo lo que se llama agradable sensación sensitiva o sentimiento agradable consiste en que los objetos de los sentidos producen algún movimiento en los nervios que podría dañarlos si no tuvieran la suficiente fuerza para resistirlo o si el cuerpo no estuviera bien dispuesto; esto suscita una impresión en el cerebro que, instituida por la naturaleza para testimoniar esta buena disposición y

[8] Traduzco *chatouillement* —que literalmente expresa la idea de «cosquilleo»— indistintamente por «agradable sensación sensitiva» o «sentimiento agradable». Aunque la perífrasis no es buena, se basa al menos en el sentido que Descartes da a aquella palabra. En efecto, más adelante dice: *[...] tout ce qu'on nomme chatouillement ou sentiment agréable.*

esta fuerza, la representa al alma como un bien que le pertenece en tanto que está unida al cuerpo, y produce en ella la alegría. Es casi la misma razón que hace que sintamos placer al emocionarnos con todo tipo de pasiones, incluso con la tristeza y el odio, cuando dichas pasiones no son originadas más que por las aventuras extrañas que vemos representar en un teatro, o por otras cosas parecidas, que, no pudiendo dañarnos de ninguna manera, parecen acariciarnos el alma conmoviéndola. Y la causa que hace que el dolor produzca por lo general la tristeza es que el sentimiento al que llamamos dolor proviene siempre de alguna acción tan violenta que lastima los nervios; de suerte que, instituida por la naturaleza para poner de manifiesto en el alma el daño que el cuerpo recibe por esta acción y su debilidad al no poder resistirlo, le presenta lo uno y lo otro como males que siempre resultan desagradables para él, excepto cuando causan algunos bienes que el alma estima más.

Art. 95. Cómo pueden ser también producidas por bienes y males que el alma no observa, aunque le pertenezcan, como el placer de arriesgarse o de recordar el mal pasado

Así, el placer que a menudo sienten los jóvenes al emprender cosas difíciles y al exponerse a grandes peligros, aunque no esperen sacar beneficio alguno ni gloria de ello, proviene de que el pensar que lo que emprenden es difícil produce una impresión en su cerebro que, unida a la que podrían tener si pensaran que es un bien sentirse bastante valiente, bastante afortunado, bastante diestro o bastante fuerte para osar arriesgarse hasta tal punto, determina el que se complazcan en ello. Y la satisfacción que sienten los viejos cuando se acuerdan de los males que han sufrido procede de que les parece un bien el haber podido subsistir a pesar de ello.

Art. 96. Cuáles son los movimientos de la sangre y de los espíritus que causan las cinco pasiones precedentes

Las cinco pasiones que he empezado a explicar aquí están unidas u opuestas unas a otras de tal modo que es más fácil considerarlas todas juntas que tratar separadamente de cada una, como se ha hecho en el caso de la admiración; y su causa no está, como la de ésta, sólo en el cerebro, sino también en el corazón, en el bazo, en el hígado y en todas las demás partes del cuerpo en tanto que sirven a la producción de la sangre y luego de los espíritus, pues, aunque todas las venas conducen al corazón la sangre que contienen, a veces ocurre, sin embargo, que

la de algunas es impulsada con más fuerza que la de las otras; ocurre también que los orificios por donde entra en el corazón o los orificios por donde sale se dilatan o contraen más una vez que otra.

Art. 97. Principales experiencias que sirven para conocer estos movimientos en el amor

Pues bien, al considerar las diversas alteraciones que la experiencia hace ver en nuestro cuerpo cuando el alma está agitada por distintas pasiones, observo en el amor, siempre que el alma está sola, es decir, cuando no la acompaña ninguna fuerte alegría, deseo o tristeza, que el latido del pulso es igual y mucho más grande y más fuerte que de costumbre, que se siente un dulce calor en el pecho y que la digestión de los alimentos en el estómago se hace más rápidamente, de suerte que esta pasión es útil para la salud.

Art. 98. En el odio

Por el contrario, en el odio observo que el pulso es desigual y más débil y, a veces, más rápido; que uno siente fríos seguidos de un cierto calor áspero y agudo en el pecho; que el estómago deja de cumplir su función, tiende a vomitar y rechazar los alimentos ingeridos o, al menos, a corromperlos y convertirlos en malos humores.

Art. 99. En la alegría

En la alegría el pulso es desigual y más rápido que de ordinario, pero no es tan fuerte o tan grande como en el amor; se siente un calor agradable no ubicado solamente en el pecho, sino que se extiende también por todas las partes externas del cuerpo con la sangre que se ve acudir a ellas en abundancia; y, sin embargo, se pierde a veces el apetito, debido a que la digestión se hace peor que de costumbre.

Art. 100. En la tristeza

En la tristeza el pulso es débil y lento, se sienten alrededor del corazón como ataduras que le aprietan, témpanos que le hielan y transmiten su frialdad al resto del cuerpo; sin embargo, no por eso dejamos de tener buen apetito y de sentir que el estómago sigue cumpliendo con su deber, siempre y cuando el odio no se mezcle con la tristeza.

Art. 101. En el deseo

Finalmente, observo en el deseo la particularidad de que se agita el corazón más violentamente que en todas las otras pasiones y propor-

ciona al cerebro más espíritus, los cuales, al pasar desde aquí a los músculos, hacen todos los sentidos más agudos y todas las partes del cuerpo más móviles.

Art. 102. El movimiento de la sangre y de los espíritus en el amor

Estas observaciones, y otras varias que serían demasiado largas de escribir, me han dado pie para considerar que, cuando el entendimiento se representa algún objeto de amor, la impresión que este pensamiento produce en el cerebro conduce a los espíritus animales, a través de los nervios del sexto par, hacia los músculos que hay en torno a los intestinos y al estómago, en la forma requerida para hacer que el jugo de los alimentos, que se convierte en nueva sangre, pase rápidamente al corazón sin detenerse en el hígado y, al ser impulsada con más fuerza que la que está en las otras partes del cuerpo, entre más abundantemente en el corazón y provoque en él un calor más fuerte, debido a que esta sangre es más consistente que la que se ha rarificado ya varias veces al pasar y volver a pasar por el corazón; lo cual hace que éste envíe también espíritus hacia el cerebro, cuyas partes son más gruesas y más agitadas que de ordinario. Y estos espíritus, al ampliar la impresión que el primer pensamiento del objeto amable le produjo, obligan al alma a detenerse en dicho pensamiento. Y en eso consiste la pasión del amor.

Art. 103. En el odio

Por el contrario, en el odio, el primer pensamiento del objeto que produce aversión hace circular los espíritus que hay en el cerebro hacia los músculos del estómago y de los intestinos de tal manera que impiden que el jugo de los alimentos se mezcle con la sangre, cerrando todos los orificios por donde acostumbra pasar; y los conduce también de tal modo hacia los pequeños nervios del bazo y de la parte inferior del hígado, donde reside el receptáculo de la bilis, que las partes de la sangre que normalmente van a parar a estos lugares salen de ellos y circulan hacia el corazón con las que están en las ramificaciones de la vena cava; esto produce un gran desequilibrio en su temperatura porque la sangre que procede del bazo apenas se calienta y rarifica mientras que, por el contrario, la que procede de la parte inferior del hígado, donde está siempre la hiel, se inflama y se dilata muy rápidamente; después de lo cual los espíritus que van al cerebro tienen también partes muy desiguales y movimientos muy extraordinarios, de donde resulta que fortalecen las ideas de odio que en él se encuentran ya impresas y preparan al alma para pensamientos llenos de acritud y de amargura.

Art. 104. En la alegría

En la alegría, los nervios que actúan no son tanto los del bazo, el hígado, el estómago o los intestinos como los que hay en todo el resto de cuerpo y particularmente el que está en torno a los orificios del corazón, el cual, al abrir y dilatar estos orificios, permite que la sangre que los otros nervios expulsan de las venas hacia el corazón entre en él y salga del corazón en mayor cantidad que de costumbre. Y como la sangre que entonces entra en el corazón ya ha pasado y vuelto a pasar por él varias veces, habiendo ido de las arterias a las venas, se dilata muy fácilmente y produce espíritus cuyas partes, muy iguales y sutiles, son apropiadas para formar y fortalecer las impresiones del cerebro que proporcionan al alma pensamientos alegres y tranquilos.

Art. 105. En la tristeza

Por el contrario, en la tristeza los orificios del corazón están muy contraídos por el pequeño nervio que los rodea y la sangre de las venas no experimenta ninguna agitación, lo que tiene como consecuencia el que acuda muy poca al corazón; y, sin embargo, los pasos por donde el jugo de los alimentos se desplaza desde el estómago y los intestinos hacia el hígado permanecen abiertos, por lo que el apetito no disminuye, excepto cuando el odio, que con frecuencia va unido a la tristeza, los cierra.

Art. 106. En el deseo

Por último, la pasión del deseo se caracteriza por el hecho de que la voluntad de obtener algún bien o de evitar algún mal envía rápidamente los espíritus del cerebro hacia todas las partes del cuerpo que pueden servir para las acciones requeridas al efecto y, particularmente, hacia el corazón y las partes que más sangre le proporcionan, a fin de que, al recibirla en mayor abundancia que de costumbre, transmita al cerebro mayor cantidad de espíritus, tanto para conservar y fortalecer en él la idea de dicha voluntad como para pasar desde aquí a todos los órganos de los sentidos y a todos los músculos que pueden ser empleados para obtener lo que se desea.

Art. 107. Cuál es la causa de estos movimientos en el amor

Las razones de todo esto las deduzco de lo que ha quedado dicho antes: hay un vínculo tal entre nuestra alma y nuestro cuerpo que cuando una vez hemos unido alguna acción corporal con algún pensamiento nunca más se nos presentan separados, como se ve en los

que han tomado con gran aversión algún brebaje, estando enfermos, que luego no pueden beber o comer nada de gusto parecido sin sentir nuevamente la misma aversión; y tampoco pueden pensar en la aversión que sienten por las medicinas sin que les venga al pensamiento el mismo gusto. Pues me parece que las primeras pasiones que nuestra alma tuvo cuando comenzó a estar unida a nuestro cuerpo debieron tener que ver con el hecho de que a veces la sangre u otro jugo que entrara en el corazón era un alimento más conveniente que de ordinario para mantener en él el calor, que es el principio de la vida; lo cual era causa de que el alma uniera a sí misma de voluntad este alimento, es decir, que lo amara, y al mismo tiempo los espíritus se desplazaban del cerebro a los músculos que podían presionar o agitar las partes de donde la sangre había venido al corazón para que le enviasen más; dichas partes eran el estómago y los intestinos cuya agitación aumenta el apetito, o bien igualmente el hígado y el pulmón, que los músculos del diafragma pueden presionar. Por eso este mismo movimiento de los espíritus ha acompañado siempre desde entonces la pasión del amor.

Art. 108. En el odio

A veces, por el contrario, llegaba al corazón algún jugo extraño no apropiado para mantener el calor y que incluso podía extinguirlo, lo cual originaba que los espíritus que ascendían del corazón al cerebro provocasen en el alma la pasión del odio; y al mismo tiempo estos espíritus se dirigían desde el cerebro hacia los nervios que podían impulsar la sangre del bazo y de las pequeñas venas del hígado hacia el corazón para impedir que entrara en él este jugo nocivo, y también a los que podían rechazar este mismo jugo hacia los intestinos o hacia el estómago, o también, a veces, obligar al estómago a vomitarlo. De aquí el que estos mismos movimientos suelan acompañar la pasión del odio. Y puede verse a simple vista que hay en el hígado cantidad de venas o conductos lo suficientemente anchos por donde el jugo de los alimentos puede pasar de la vena porta a la vena cava, y de esta última al corazón, sin detenerse en el hígado; pero hay también un gran número de conductos más pequeños donde dicho jugo puede detenerse y que contienen siempre sangre de reserva, como ocurre también en el bazo; dicha sangre, más consistente que la que hay en las demás partes del cuerpo, puede servir mejor de alimento al fuego existente en el corazón cuando el estómago y los intestinos dejan de suministrárselo.

Art. 109. En la alegría

A veces ha ocurrido también al comienzo de nuestra vida que la sangre contenida en las venas era un alimento bastante conveniente para mantener el calor del corazón y que dichas venas lo contenían en tal cantidad que no había necesidad de sacar alimento alguno de otro sitio; esto suscitó en el alma la pasión de la alegría e hizo al mismo tiempo que los orificios del corazón se abrieran más que de costumbre y que los espíritus, acudiendo abundantemente del cerebro, no sólo hacia los nervios que sirven para abrir dichos orificios, sino también generalmente hacia los otros que impulsan la sangre de las venas al corazón, impidieran que llegase nuevamente a éste la sangre del hígado, del bazo, de los intestinos y del estómago. Por eso estos mismos movimientos acompañan a la alegría.

Art. 110. En la tristeza

A veces, en cambio, ha ocurrido que el cuerpo ha carecido de alimento y esto es lo que debe haber hecho sentir al alma su primera tristeza, a menos que haya ido unida al odio. Esto mismo ha hecho también que los orificios del corazón se contrajeran, al recibir sólo un poco de sangre, y que haya acudido del bazo una parte bastante notable de dicha sangre, porque el bazo es como la reserva que sirve para proporcionársela al corazón cuando no le llega en cantidad suficiente de otro sitio. Por eso los movimientos de los espíritus y de los nervios que sirven para contraer los orificios del corazón y para llevar hasta él la sangre del bazo acompañan siempre a la tristeza.

Art. 111. En el deseo

Finalmente, todos los primeros deseos que el alma puede haber tenido cuando acababa de unirse al cuerpo han sido recibir las cosas que le eran convenientes y rechazar las que le eran nocivas; y justamente para esos mismos efectos los espíritus han comenzado desde entonces a mover todos los músculos y todos los órganos de los sentidos de todas las maneras que pueden moverlos; lo cual es causa de que ahora, cuando el alma desea algo, todo el cuerpo se hace más ágil y más dispuesto para moverse que de costumbre. Por otra parte, cuando ocurre que el cuerpo queda dispuesto de este modo, los deseos del alma son más fuertes y más ardientes.

Art. 112. Cuáles son los signos externos de estas pasiones

Lo que he dicho hasta aquí permite entender bastante bien la causa de las diferencias del pulso y de todas las demás propiedades que antes he

atribuido a estas pasiones, por lo que no es necesario que me detenga a explicarlas más. Pero, como sólo he señalado en cada una lo que en ella se puede observar cuando está sola y que sirve para conocer los movimientos de la sangre y de los espíritus que los producen, me quedan por tratar aún los diversos signos externos que habitualmente las acompañan y que se observan mucho mejor cuando se encuentran varias juntas, como es corriente, que cuando están separadas. Los principales signos externos son los gestos de los ojos y de la cara, los cambios de color, los temblores, la languidez, el desmayo, la risa, las lágrimas, los gemidos y los suspiros.

Art. 113. De los gestos de los ojos y de la cara

No hay pasión alguna que no nos sea revelada por algún gesto de los ojos y esto es en algunas tan manifiesto que hasta los criados más estúpidos pueden ver en los ojos de su amo si está enfadado con ellos o no lo está. Pero aunque estos gestos de los ojos se advierten fácilmente y se sepa lo que significan, no por eso es fácil describirlos, debido a que cada uno se compone de muchos cambios que se producen en el movimiento y en la figura de los ojos, los cuales son tan particulares y tan pequeños que cada uno de ellos no puede ser percibido por separado a pesar de que el resultado de su conjunción sea muy fácil de notar. Aproximadamente lo mismo puede decirse de los gestos del rostro que acompañan también a las pasiones, pues, aunque son más grandes que los de los ojos, resulta igualmente difícil distinguirlos, y son tan poco diferentes que hay hombres que ponen casi la misma cara cuando lloran que otros cuando ríen. Es cierto que algunos gestos son bastante evidentes, como las arrugas de la frente en la cólera y ciertos movimientos de la nariz y de los labios en la indignación y en la burla, pero parecen ser más voluntarios que naturales. Y generalmente todos los gestos, tanto del rostro como de los ojos, pueden ser cambiados por el alma cuando, deseando ocultar su pasión, imagina intensamente una contraria; de suerte que lo mismo podemos utilizar los gestos para disimular las pasiones que para declararlas.

Art. 114. De los cambios de color

En cambio, no resulta fácil dejar de enrojecer o de palidecer cuando alguna pasión nos dispone a ello, porque estos cambios no dependen de los nervios y de los músculos, como los anteriores, sino que provienen más directamente del corazón, al que podemos llamar fuente de las pasiones en cuanto que prepara la sangre y los espíritus

para producirlas. Pues bien, lo cierto es que el color del rostro sólo es originado por la sangre que, circulando continuamente desde el corazón hacia todas las venas a través de las arterias y desde todas las venas hacia el corazón, da más o menos color al rostro, según llene más o menos las pequeñas venas que van a la superficie.

Art. 115. Cómo hace enrojecer la alegría

Así, la alegría produce un color más vivo y más rojo porque al abrir las esclusas del corazón hace que la sangre acuda más deprisa a todas las venas, y porque ésta, tornándose más caliente y más sutil, infla ligeramente todas las partes del rostro, lo cual le da un aire más jocoso y jovial.

Art. 116. Cómo hace palidecer la tristeza

Por el contrario, la tristeza, al contraer los orificios del corazón, hace que la sangre acuda más lentamente a las venas y que, tornándose más fría y más espesa, necesite ocupar menos sitio; de suerte que, retirándose hacia las venas más anchas, que son las más próximas al corazón, abandona las más lejanas, las más visibles de las cuales son las del rostro, por lo que éste aparece pálido y descarnado, principalmente cuando la tristeza es grande o sobreviene repentinamente, como se ve en el susto, cuya sorpresa aumenta la actividad que encoge el corazón.

Art. 117. Cómo en ocasiones se enrojece estando tristes

Pero, a menudo ocurre que uno no empalidece estando triste, sino que, por el contrario, se enrojece; esto debe atribuirse a las otras pasiones que se unen a la tristeza, es decir, al amor o al deseo y algunas veces también al odio. En efecto, estas pasiones calientan o agitan la sangre que llega del hígado, de los intestinos y de las otras partes interiores, la empujan hacia el corazón y desde aquí, a través de la gran arteria, hacia las venas del rostro, sin que la tristeza que contrae por una y otra parte los orificios del corazón pueda impedirlo, salvo cuando es muy grande. Pero, aunque sólo sea regular, impide fácilmente que la sangre así llegada a las venas del rostro descienda hacia el corazón mientras el amor, el deseo o el odio impulsan hacia él la procedente de las partes interiores; a ello se debe el que esta sangre que se queda detenida en torno al rostro lo ponga rojo, e incluso más rojo que durante la alegría, porque el color de la sangre se ve mejor al circular más despacio, y también porque así se puede acumular más en las venas del rostro que cuando los orificios del corazón están

más abiertos. Esto se advierte principalmente en la vergüenza, que se compone del amor a sí mismo y de un considerable deseo de evitar la infamia presente, lo cual hace llegar la sangre de las partes interiores hacia el corazón y luego, desde éste, a través de las arterias, hacia el rostro, y además de una mediocre tristeza que impide a la sangre volver al corazón. Esto mismo se pone también de manifiesto cuando se llora, pues, como diré en seguida, lo que produce la mayor parte de las lágrimas es el amor unido a la tristeza; y lo mismo acontece en la ira, en la que con frecuencia un urgente deseo de venganza se mezcla con el amor, el odio y la tristeza.

Art. 118. De los temblores

Los temblores tienen dos causas distintas: una es que a veces llegan demasiado pocos espíritus del cerebro a los nervios, y otra que, a veces, acuden demasiados para poder cerrar con la suficiente precisión los pequeños conductos de los músculos que, de acuerdo con lo que he dicho en el artículo 11, deben estar cerrados para determinar los movimientos de los miembros. La primera causa se pone de manifiesto en la tristeza y en el miedo, y también cuando se tiembla de frío, pues dichas pasiones, lo mismo que la frialdad del aire, pueden dar tal grosor a la sangre que ésta no proporcione los suficientes espíritus al cerebro para enviarlos a los nervios. La otra causa la advertimos a menudo en los que desean ardientemente algo y en los que están muy agitados por la ira, así como en los borrachos. En efecto, estas dos pasiones, lo mismo que en el vino, hacen llegar a veces tantos espíritus al cerebro que éstos no pueden pasar normalmente desde allí a los músculos.

Art. 119. De la languidez

La languidez es una disposición a relajarse y quedarse sin movimiento experimentada por todos los miembros; lo mismo que el temblor, se debe a que no llegan suficientes espíritus a los nervios, pero de una manera diferente. En efecto, la causa del temblor es que no hay bastantes espíritus en el cerebro para obedecer a las determinaciones de la glándula cuando ésta los empuja hacia algún músculo, mientras que la languidez proviene de que la glándula no los determina a ir a unos músculos mejor que a otros.

Art. 120. Cómo es originada por el amor y por el deseo

Y la pasión que más frecuentemente causa este efecto es el amor, unido al deseo de una cosa cuya adquisición no se cree posible por el

momento; pues el amor determina de tal modo al alma a considerar el objeto amado que ésta utiliza todos los espíritus que hay en el cerebro en presentarle la imagen de dicho objeto y detiene todos los movimientos de la glándula que no sirven para ello. En cuanto al deseo, hay que señalar que la propiedad que le he atribuido, es decir, dar al cuerpo más movilidad, sólo vale para cuando cree que el objeto deseado es tal que desde ese mismo momento puede hacer algo para conseguirlo; pues si, por el contrario, se imagina que por el momento es imposible hacer nada que sea útil para ello, toda la agitación del deseo permanece en el cerebro, sin pasar a los nervios, y, enteramente dedicado a afianzar en él la idea del objeto deseado, deja languideciente el resto del cuerpo.

Art. 121. Cómo puede ser originada también por otras pasiones

Es cierto que el odio, la tristeza e incluso la alegría pueden causar también cierta languidez cuando son muy violentos, porque determinan por completo al alma a considerar su objeto, principalmente cuando va unido a ello el deseo de una cosa a cuya adquisición no se puede contribuir en nada por el momento. Pero, como nos detenemos a considerar los objetos a los que nos une la voluntad más que aquellos que separamos de ella y cualesquiera otros, y como la languidez no depende de una sorpresa, sino que necesita cierto tiempo para producirse, aparece mucho más en el amor que en todas las demás pasiones.

Art. 122. Del desmayo

El desmayo no está muy lejos de la muerte, pues se muere cuando el fuego que hay en el corazón se apaga completamente y se cae en un desmayo solamente cuando dicho fuego remite de tal suerte que todavía quedan algunos restos de calor que pueden volver a avivarlo. Ahora bien, hay varias indisposiciones del cuerpo que pueden provocar una caída en el desfallecimiento; pero, entre las pasiones, sólo la extrema alegría se ha observado que tiene ese poder. Y la manera como me parece que causa este efecto es abriendo extraordinariamente los orificios del corazón, con lo cual la sangre de las venas entra en él tan deprisa y en tanta cantidad que no puede ser rarificada por el calor lo bastante rápidamente para levantar las membranitas que cierran las entradas de estas venas. Ésta es la causa de que apague el fuego que habitualmente mantiene cuando entra en el corazón como es debido.

Art. 123. Por qué no nos desmayamos de tristeza
Parece que una gran tristeza producida repentinamente debería cerrar los orificios del corazón de tal manera que apagara el fuego que hay en él, y, sin embargo, no advertimos que eso ocurra o, si ocurre, es muy raramente. Creo que la razón de eso está en que difícilmente puede haber en el corazón tan poca sangre que no baste para mantener el calor cuando sus orificios están casi cerrados.

Art. 124. De la risa
La risa consiste en que la sangre que llega de la cavidad derecha del corazón a través de la vena arterial, inflando los pulmones súbita y repentinamente, hace que el aire que éstos contienen tenga que salir impetuosamente por el gaznate, donde produce una voz inarticulada y estallante; y los pulmones al hincharse, lo mismo que este aire al salir, hacen presión sobre todos los músculos del diafragma, del pecho y de la garganta, con lo cual obligan a mover los músculos del rostro que tienen cierta conexión con ellos. Pues bien, lo que denominamos risa no es más que este gesto de la cara con esa voz inarticulada y detonante.

Art. 125. Por qué la risa no acompaña a las más grandes alegrías
Ahora bien, aunque parezca que la risa es uno de los principales signos de la alegría, sin embargo, no puede originarla más que cuando se trata de una alegría mediocre y hay cierta admiración o cierto odio mezclados a ella. En efecto, la experiencia demuestra que cuando estamos extraordinariamente contentos el motivo de esta alegría no provoca nunca risa, e incluso no es fácil que ninguna otra causa nos haga reír, a no ser cuando estamos tristes. Esto se debe a que, en las grandes alegrías, el pulmón está siempre tan lleno de sangre que no puede hincharse más a sacudidas.

Art. 126. Cuáles son sus principales causas
Y no puedo señalar más que dos causas por las que el pulmón se infla súbitamente. La primera es la sorpresa de la admiración, la cual, unida a la alegría, puede abrir tan repentinamente los orificios del corazón que una gran cantidad de sangre, al entrar de golpe en el lado derecho por la vena cava, se rarifica en él, y saliendo de aquí por la vena arterial, hincha el pulmón. La otra es la mezcla de algún licor que aumente la rarefacción de la sangre. Me parece que para esto sólo es apropiada la parte más fluida de la que procede del bazo; como esta parte de sangre es impulsada hacia el corazón por cualquier

ligera emoción de odio, ayudada por la sorpresa de la admiración, y mezclándose con la sangre que procede de otros sitios del cuerpo, que afluye en abundancia al intervenir la alegría, puede hacer que la sangre se dilate en el corazón mucho más que de costumbre; ocurre como con otros muchos licores que, puestos sobre el fuego, se hinchan de repente cuando se echa en el mismo recipiente un poco de vinagre. En efecto, la parte más fluida de sangre procedente del bazo es de naturaleza semejante al vinagre. La experiencia nos muestra también que, en todos los encuentros que pueden producir esa risa sonora que sale del pulmón, hay siempre algún pequeño motivo de odio o al menos de admiración. Y quienes no tienen del todo sano el bazo están expuestos a ser no solamente más tristes, sino también, a intervalos, más alegres y más propensos a reír que los demás. Lo cual se debe a que el bazo transmite dos clases de sangre al corazón, una muy espesa y basta, que causa la tristeza, y otra muy fluida y sutil, que causa la alegría. Y con frecuencia, después de haberse reído mucho, uno se siente naturalmente inclinado a la tristeza, porque, al agotarse la parte más fluida de la sangre del bazo, la otra, más espesa, la sigue hacia el corazón.

Art. 127. Cuál es la causa de la risa en la indignación

En cuanto a la risa que a veces acompaña a la indignación, es generalmente artificial y fingida; pero cuando es natural, procede, al parecer, de la alegría que sentimos al ver que el mal que nos indigna no puede afectarnos, y también de que nos sorprende la novedad o el encuentro inopinado de este mal; de manera que la alegría, el odio y la admiración contribuyen a causar la risa. Ello no obstante, me inclino a creer que también puede producirse, sin que haya alegría alguna, por el solo movimiento de la aversión, que envía sangre del bazo hacia el corazón, donde se rarifica y desde donde es empujada hacia el pulmón, al que hincha fácilmente cuando lo encuentra casi vacío; y, por lo general, todo lo que puede hinchar súbitamente el pulmón de este modo causa la manifestación externa de la risa, excepto cuando la tristeza la reemplaza por la de los gemidos y gritos que acompañan a las lágrimas. A propósito de esto, Vives escribe de sí mismo que, cuando había estado mucho tiempo sin comer, los primeros bocados que tomaba le obligaban a reír; lo cual podía deberse a que su pulmón, vacío de sangre por falta de alimento, se inflaba rápidamente con el primer flujo que pasaba de su estómago al corazón, efecto que la sola imagen del comer podía producir, incluso antes de que lo produjeran los alimentos que comía.

Art. 128. Del origen de las lágrimas

Del mismo modo que la risa no es producida nunca por las más grandes alegrías, tampoco las lágrimas proceden de una extremada tristeza, sino solamente de la tristeza moderada que va acompañada o seguida de algún sentimiento de amor, o también de alegría. Para entender bien su origen hay que observar que, aunque de todas las partes de nuestro cuerpo salen continuamente cantidades de vapores, no existe ninguna de la que salgan tantos como de los ojos, debido a la gran magnitud de los nervios ópticos y a la gran cantidad de pequeñas arterias por donde aquéllos llegan a los ojos; así como el sudor se compone únicamente de vapores que, saliendo de otras partes, se convierten en agua en la superficie, así también las lágrimas las forman los vapores que salen de los ojos.

Art. 129. De la manera como los vapores se convierten en agua

Ahora bien, como he escrito en *Los Meteoros*, al explicar cómo los vapores del aire se convierten en lluvia, debido a que están menos agitados o son menos abundantes que de ordinario, creo asimismo que cuando los vapores que salen del cuerpo están mucho menos agitados que de costumbre, aunque no sean tan abundantes, se convierten también en agua, y esto produce los sudores fríos que a veces acompañan a la debilidad cuando se está enfermo; y creo que cuando son mucho más abundantes, con tal de que no estén además muy agitados, se convierten igualmente en agua, lo cual origina el sudor que se produce cuando hacemos algún ejercicio. Pero entonces los ojos no sudan, porque, mientras duran los ejercicios corporales, como la mayoría de los espíritus van a los músculos que sirven para mover el cuerpo, llegan menos a los ojos a través del nervio óptico. Y no es sino una misma materia lo que compone la sangre mientras está en las venas o en las arterias, los espíritus cuando está en el cerebro, en los nervios o en los músculos, los vapores cuando sale en forma de aire y, finalmente, el sudor o las lágrimas cuando se condensa en agua en la superficie del cuerpo o de los ojos.

Art. 130. Cómo lo que produce dolor en el ojo incita a llorar

Sólo puedo advertir dos causas que transforman en lágrimas los vapores que salen de los ojos. La primera se da cuando la forma de los poros por donde pasan es modificada por cualquier accidente. En efecto, al retardar el movimiento de dichos vapores y cambiar su orden, esto puede hacer que se conviertan en agua. Así, por ejemplo, basta

una mota de polvo que caiga en el ojo para producir algunas lágrimas debido a que, al producir dolor en él, modifica la disposición de sus poros; de suerte que, volviéndose algunos más estrechos, las pequeñas partes de los vapores pasan por ellos menos rápidamente y en vez de salir como antes igualmente distantes unos de otros, permaneciendo así separados, ahora llegan a coincidir porque se ha roto el orden de los poros. De este modo se juntan y se convierten en lágrimas.

Art. 131. Cómo se llora de tristeza

La otra causa es la tristeza seguida de amor o de alegría o, por lo general, de alguna causa que hace que el corazón envíe mucha sangre por las arterias. Para ello es necesaria la tristeza, porque, al enfriar toda la sangre, contrae los poros de los ojos; pero, puesto que a medida que los contrae disminuye también la cantidad de vapores a los que dichos poros deben dar paso, esto no basta para producir lágrimas si la cantidad de esos vapores no ha aumentado al mismo tiempo por alguna otra causa; y no hay nada que la aumente más que la sangre enviada hacia el corazón en la pasión del amor. Así vemos que los que están tristes no derraman lágrimas continuamente, sino sólo a intervalos, cuando reflexionan de nuevo sobre los objetos que los entristecen.

Art. 132. De los gemidos que acompañan a las lágrimas

Y entonces los pulmones se hinchan también, a veces, de golpe por la abundancia de sangre que entra en ellos y que expulsa el aire que contenían, el cual, saliendo por la garganta, origina los gemidos y los gritos que habitualmente acompañan a las lágrimas; y estos gritos son de ordinario más agudos que los que acompañan a la risa, aunque son producidos casi de la misma manera. La razón de esto es que los nervios que sirven para dilatar o contraer los órganos de la voz, para hacerla más baja o más aguda, se unen con los que abren los orificios del corazón durante la alegría y los contraen durante la tristeza, haciendo que estos órganos se dilaten o contraigan al mismo tiempo.

Art. 133. Por qué los niños y los viejos lloran fácilmente

Los niños y los viejos son más propensos a llorar que los hombres de mediana edad, aunque por razones distintas. Los viejos lloran con frecuencia de afecto y de alegría; pues estas dos pasiones juntas envían mucha sangre a su corazón y desde aquí muchos vapores a sus ojos; y la agitación de los vapores es tan retardada por la natural frialdad de su edad que éstos se convierten fácilmente en lágrimas, aunque

no les haya precedido tristeza alguna. Si algunos viejos lloran también muy fácilmente por enojo, lo que los dispone a ello no es tanto el temperamento de su cuerpo como el de su espíritu; por eso sólo les sucede a los que son tan débiles que se dejan abrumar completamente por nimios motivos de dolor, temor o piedad. Lo mismo ocurre en los niños, los cuales apenas lloran de alegría, sino más bien de tristeza, incluso cuando no va acompañada de amor; pues tienen siempre bastante sangre para producir muchos vapores, que se convierten en lágrimas cuando la tristeza retarda su movimiento.

Art. 134. Por qué algunos niños palidecen en vez de llorar

Ello no obstante, hay algunos que palidecen en vez de llorar cuando están enojados, lo cual puede ser prueba de un juicio y una valentía extraordinarios, a saber, cuando esto se debe a que consideran la magnitud del mal y se preparan para una fuerte resistencia, de la misma manera que los de más edad; pero más frecuentemente se trata de una señal de mala índole, a saber, cuando esto se debe a que son propensos al odio o al miedo; pues éstas son pasiones que disminuyen la materia de las lágrimas y se ve, en cambio, que los que lloran muy fácilmente son propensos al amor y a la piedad.

Art. 135. De los suspiros

La causa de los suspiros es muy diferente de la de las lágrimas, aunque, como ellas, presuponen la tristeza. En efecto, mientras que cuando los pulmones están llenos de sangre nos vemos incitados a llorar, cuando están casi vacíos producen los suspiros, y alguna imaginación de esperanza o de alegría abre el orificio de la arteria venosa que la tristeza había contraído. Esto es debido a que entonces la poca sangre que queda en los pulmones, cayendo de golpe en el lado izquierdo del corazón por la arteria venosa e impulsada por el deseo de conseguir dicha alegría, deseo que agita al mismo tiempo todos los músculos del diafragma y del pecho, el aire es rápidamente arrojado por la boca a los pulmones, para ocupar el sitio que en ellos deja la sangre. Y a esto es a lo que se llama suspirar.

Art. 136. De dónde provienen los efectos de las pasiones que son particulares de ciertos hombres

Por lo demás, con el fin de suplir aquí en pocas palabras todo lo que podría añadirse referente a los diversos efectos o a las diversas causas de las pasiones, me contentaré con repetir el principio en que se apoya

todo lo que he escrito, a saber, que existe tal vinculación entre nuestra alma y nuestro cuerpo que, cuando hemos unido alguna vez un acto corporal con un pensamiento, en lo sucesivo ya no se nos presenta nunca uno sin el otro, y no siempre se unen los mismos actos a los mismos pensamientos; efectivamente, esto basta para dar cuenta de todo lo que cada cual puede observar de particular en sí mismo o en los otros, en cuanto a esta materia que no ha sido explicada aquí. Así, por ejemplo, es fácil pensar que las extrañas aversiones de algunos individuos. que les impiden soportar el olor de las rosas o la presencia de un gato, o cosas parecidas, provienen únicamente de que al comienzo de su vida se sintieron muy afectados por objetos semejantes, o bien de que han compartido el sentimiento de su madre que lo sufrió estando encinta; pues también es cierto que hay una vinculación entre todos los movimientos de la madre y los del niño que está en su vientre, de suerte que lo que contraría al uno perjudica al otro. El olor de las rosas puede haber causado un gran dolor de cabeza a un niño cuando aún estaba en la cuna, o puede haberle asustado mucho un gato, sin que nadie se haya dado cuenta de ello ni él lo recuerde en absoluto, aunque el sentimiento de aversión que entonces tuvo por dichas rosas o por el gato permanezca impreso en su cerebro hasta el fin de su vida.

Art. 137. De la función de las cinco pasiones aquí explicadas, en cuanto que se refieren al cuerpo

Después de haber dado las definiciones de amor, odio, deseo, alegría y tristeza, y después de haber considerado todos los movimientos corporales que los originan o los acompañan, sólo nos falta hablar de su función. En este sentido hay que observar que, según lo instituido por la naturaleza, todas estas pasiones se refieren al cuerpo y sólo afectan al alma en tanto que ésta va unida a aquél. De suerte que su función natural es incitar al alma a consentir y contribuir a las acciones que pueden servir para conservar el cuerpo o hacerle de algún modo más perfecto; por eso la tristeza y la alegría son las dos que primero se emplean. Pues sólo el sentimiento de dolor que el alma sufre advierte a ésta de las cosas que perjudican al cuerpo, dolor que produce en ella primeramente la pasión de la tristeza, en segundo lugar el odio a lo que causa este dolor, y en tercer lugar el deseo de liberarse de él; asimismo, el alma sólo advierte inmediatamente las cosas útiles al cuerpo por una especie de sentimiento agradable que produce en ella la alegría, hace surgir luego el amor hacia lo que cree ser su causa y, finalmente, el

deseo de adquirir lo que puede prolongar esta alegría o gozar después de una semejante. Esto pone de manifiesto que las cinco son muy útiles para el cuerpo, e incluso que la tristeza es en cierto modo anterior y más necesaria que la alegría, y el odio que el amor, porque es más importante rechazar las cosas que perjudican y pueden destruir que adquirir las que añaden alguna perfección sin la cual se puede subsistir.

Art. 138. De sus defectos y de los medios de corregirlos

Pero, aunque esta función de las pasiones sea la más natural que pueden tener, y aunque todos los animales irracionales rijan su vida por movimientos corporales semejantes a los que en nosotros siguen a estas pasiones y en los cuales incitan a nuestra alma a consentir, no siempre es buena, sin embargo, porque hay varias cosas nocivas al cuerpo que no producen al principio ninguna tristeza ni dan tampoco alegría, y otras que le son útiles aunque en un principio sean incómodas. Además, casi siempre hacen aparecer tanto a los bienes como a los males que representan mucho más grandes y más importantes de lo que son, de suerte que nos incitan a buscar los primeros y a evitar los segundos con mucho más ardor y cuidado del que es conveniente, de la misma manera que, como es sabido, los animales son engañados por los cebos y para evitar pequeños males se precipitan en otros mayores. Por eso nosotros debemos utilizar la experiencia y la razón para distinguir el bien del mal y conocer su justo valor, a fin de no tomar uno por otro y no dejarnos llevar a nada con exceso.

Art. 139. De la función de las mismas pasiones en cuanto que se refieren al alma, y en primer lugar del amor

Esto bastaría si no tuviéramos más que cuerpo o si fuera nuestra parte mejor; pero, como no es sino la menor, debemos considerar principalmente las pasiones en cuanto que pertenecen al alma, con relación a la cual el amor y el odio provienen del conocimiento y preceden a la alegría y a la tristeza, excepto cuando estas dos últimas suplen al conocimiento del cual son especies. Y cuando este conocimiento es verdadero, es decir, cuando las cosas que nos hace amar son verdaderamente buenas y las que nos hace odiar son verdaderamente malas, el amor es incomparablemente mejor que el odio y nunca podrá ser demasiado grande ni nunca deja de producir alegría. Digo que este amor es extremadamente bueno porque, uniendo a nosotros verdaderos bienes, nos perfecciona en gran medida. Y digo también que nunca podrá ser demasiado grande, porque todo lo que el más excesivo puede hacer es

unirnos tan perfectamente a esos bienes que el amor que sentimos particularmente por nosotros mismos no establezca en ellos distinción alguna, lo cual me parece que nunca es malo; y le sigue siempre la alegría, porque nos presenta lo que amamos como un bien que nos pertenece.

Art. 140. Del odio

En cambio, el odio, por pequeño que sea, daña siempre y nunca se da sin la tristeza. Digo que el odio no será nunca demasiado pequeño, porque el odio al mal no puede incitarnos a realizar ninguna acción hacia la que no nos impulse mejor aún el amor al bien, al que el mal es opuesto, al menos cuando este bien y este mal son bastante conocidos; pues confieso que el odio al mal que sólo se manifiesta por el dolor es necesario para el cuerpo, pero aquí hablo únicamente del odio que procede de un conocimiento más claro y lo refiero solamente al alma. Digo también que nunca se da sin tristeza porque el mal, al ser sólo una privación, no puede concebir sin algún sujeto real en el que esté; y no hay nada real que no tenga en sí alguna bondad, de modo que el odio que nos aleja de algún mal nos aleja igualmente del bien al que ese mal va unido, y la privación de este bien, presente ante nuestra alma como una falta de lo que le pertenece, le causa tristeza. Por ejemplo, el odio que nos aleja de las malas costumbres de alguien nos aleja igualmente de su conversación, en la que, en otro caso, podríamos encontrar algún bien cuya privación nos produce enojo. Afirmación que vale también para todos los demás odios en los que siempre se puede observar algún motivo de tristeza.

Art. 141. Del deseo, de la alegría y de la tristeza

En el caso del deseo es evidente que cuando procede de un verdadero conocimiento no puede ser malo, con tal de que no sea excesivo y de que dicho conocimiento le regule. También es evidente que la alegría no puede dejar de ser buena, ni la tristeza de ser mala, respecto al alma, porque es en la última en lo que consiste toda la incomodidad que el alma recibe del mal, y en la primera en lo que consiste todo el goce del bien que le pertenece; de modo que, si no tuviéramos cuerpo, me atrevería a decir que nunca nos entregaríamos demasiado al amor y a la alegría, ni evitaríamos suficientemente el odio y la tristeza; pero todos los movimientos corporales que los acompañan pueden ser nocivos a la salud cuando son muy violentos y, al contrario, ser útiles cuando son moderados.

Art. 142. De la alegría y del amor comparados con la tristeza y el odio
Por otra parte, como la tristeza y el odio deben ser rechazados por el alma, aun cuando procedan de un verdadero conocimiento, con más razón deben serlo cuando se deben a una opinión falsa. Pero podemos dudar de si el amor y la alegría son buenos o no cuando están mal fundados. Si los consideramos precisamente como lo que son en sí mismos respecto del alma, me parece que podemos decir que, aunque la alegría sea menos sólida y el amor menos ventajoso que cuando tienen un fundamento mejor, siguen siendo preferibles a la tristeza y al odio igualmente mal fundados; de suerte que, en aquellas situaciones de la vida en que no podemos evitar el riesgo de engañarnos, haremos siempre mucho mejor inclinándonos hacia las pasiones que tienden al bien que hacia las que tienden al mal, aunque sólo sea para evitarlo; e incluso, frecuentemente, una falsa alegría vale más que una tristeza cuya causa es verdadera. En cambio, no me atrevo a decir lo mismo del amor con relación al odio porque, cuando el odio es justo, sólo nos aleja del sujeto que contiene el mal del que conviene separarse, mientras que el amor injusto nos une a cosas que pueden dañar, o al menos que no merecen tanta consideración como les dedicamos, lo que nos envilece y nos rebaja.

Art. 143. De las mismas pasiones cuando se relacionan con el deseo
Hay que señalar claramente que lo que acabo de decir acerca de estas cuatro pasiones sólo tiene validez cuando son consideradas precisamente en sí mismas y no nos llevan a ninguna acción. En efecto, cuando suscitan en nosotros el deseo, por medio del cual regulan nuestras costumbres, resulta cierto que todas aquellas cuya causa es falsa pueden dañar y que, por el contrario, todas aquellas cuya causa es justa pueden beneficiar; y también que, cuando son igualmente mal fundadas, la alegría es de ordinario más nociva que la tristeza, porque ésta, al dar moderación y miedo, dispone en cierto modo para la prudencia, mientras que la otra hace desconsiderados y temerarios a los que se abandonan a ella.

Art. 144. De los deseos cuya manifestación depende sólo de nosotros
Pero, como estas pasiones no nos pueden llevar a acción alguna si no es por medio del deseo que provocan, debemos preocuparnos de regular justamente este deseo. En esto es en lo que consiste la principal utilidad de la moral; ahora bien, así como acabo de decir que el deseo es siempre bueno cuando procede de un conocimiento verdadero, no

puede dejar de ser malo cuando se funda en algún error. Y creo que el error que más frecuentemente cometemos en lo tocante a los deseos se debe a que no distinguimos suficientemente las cosas que dependen por completo de nosotros de las que no dependen en absoluto. En efecto, en cuanto a las que sólo dependen de nosotros, es decir, de nuestro libre arbitrio, basta con saber que son buenas para que nunca sea excesivo nuestro deseo de ellas, porque hacer las cosas buenas que dependen de nosotros es obrar virtuosamente y es cierto que nunca será excesivo desear la virtud con demasiado ardor, además de que lo que deseamos de este modo no podemos dejar de lograrlo, puesto que sólo de nosotros depende, y recibiremos de ello toda la satisfacción esperada. La falta que acostumbramos cometer en esto no es nunca desear demasiado, sino desear demasiado poco; y el remedio soberano contra ello es liberar todo lo posible al espíritu de todo tipo de deseos menos útiles, y luego tratar de conocer con toda claridad y considerar con atención la bondad de lo que es de desear.

Art. 145. De los deseos que dependen únicamente de otras causas y de qué es la fortuna

En cuanto a las cosas que no dependen en absoluto de nosotros, por buenas que puedan ser, nunca se las debe desear con pasión, no sólo porque podemos no lograrlas y de este modo afligirnos tanto más cuanto mayor haya sido nuestro deseo, sino principalmente porque al ocupar nuestro pensamiento nos impiden dirigir nuestro afecto a otras cosas cuya adquisición depende de nosotros. Contra estos vanos deseos hay dos remedios generales: el primero es la generosidad, de la que hablaré más adelante; el segundo consiste en reflexionar a menudo sobre la Providencia divina y en hacernos a la idea de que es imposible que algo suceda de otra manera a la determinada desde toda la eternidad por dicha Providencia; de suerte que la Providencia es como una fatalidad o una necesidad inmutable que hay que oponer a la fortuna para destruirla como una quimera que únicamente procede del error de nuestro entendimiento. En efecto, no podemos desear más que aquello que de algún modo consideramos posible, y sólo podemos considerar posibles las cosas que no dependen de nosotros sino en cuanto pensamos que dependen de la fortuna, es decir, que estimamos que pueden producirse y que otras veces se han producido cosas semejantes. Ahora bien, esta opinión se funda únicamente en el hecho de que no conocemos todas las causas que contribuyen a cada efecto, pues cuando una cosa que hemos creído que dependía

de la fortuna no se produce, esto prueba que ha faltado alguna de las causas que eran necesarias para producirla y, por consiguiente, que era absolutamente imposible, y que no se ha producido jamás otra parecida, es decir, otra para cuya producción haya faltado también una causa semejante. De manera que si antes no hubiésemos ignorado esto, nunca la hubiéramos estimado posible y, por consiguiente, no la hubiéramos deseado.

Art. 146. De los deseos que dependen de nosotros y de otro

Así, pues, hay que rechazar por completo la opinión vulgar de que fuera de nosotros hay una fortuna que hace que las cosas ocurran o no, según su capricho, y saber que todo lo rige la Providencia divina, cuyo decreto eterno es tan infalible e inmutable que, excepto las cosas que ese mismo decreto ha querido hacer depender de nuestro albedrío, debemos pensar que nada de lo que tiene relación con nosotros nos ocurre sin ser necesario y como fatal, de suerte que no podemos desear sin error que ocurra de otra manera. Pero como la mayoría de nuestros deseos se refieren a cosas que no dependen todas de nosotros ni todas de otro, debemos distinguir exactamente en ellas lo que sólo depende de nosotros, a fin de referir nuestro deseo únicamente a esto; y en cuanto a lo demás, aunque debemos estimar su logro enteramente fatal e inmutable, para que nuestro deseo no se ocupe de él, no debemos dejar de considerar las razones que lo hacen más o menos probable, a fin de que éstas sirvan para regir nuestros actos. En efecto, si, por ejemplo, tenemos un asunto en algún sitio al que podemos ir por caminos distintos, uno de los cuales suele ser mucho más seguro que el otro —aunque tal vez el decreto de la Providencia sea tal que si vamos por el camino que parece más seguro nos roben y, en cambio, podamos pasar por el otro sin encontrar ningún peligro— no debemos ser indiferentes ante la elección de uno u otro ni basarnos en la fatalidad inmutable de ese decreto, sino que la razón quiere que elijamos el camino que habitualmente es más seguro; y nuestro deseo debe ser cumplido en este caso cuando lo hemos seguido, aunque por ello nos ocurra cualquier mal, porque, como este mal era inevitable para nosotros, no hay motivo para desear vernos libres de él, sino solamente para proceder todo lo mejor que nuestro entendimiento nos ha dictado, como supongo que lo hemos hecho. Y lo cierto es que cuando nos ejercitamos en distinguir así la fatalidad de la fortuna, nos acostumbramos fácilmente a regir nuestros deseos de tal modo que depen-

diendo sólo de nosotros su cumplimiento, pueden siempre darnos una entera satisfacción.

Art. 147. De las emociones interiores del alma

Sólo he de añadir aquí una consideración que creo ha de ayudarnos mucho a evitar el sufrir alguna incomodidad de las pasiones: nuestro bien y nuestro mal dependen principalmente de las emociones interiores que son suscitadas en el alma por el alma misma, en lo cual se distinguen de las pasiones que dependen siempre de algún movimiento de los espíritus; y aunque a menudo estas emociones del alma van unidas a las pasiones semejantes a ellas, con frecuencia también pueden coincidir con otras e incluso surgir de las que son contrarias a ellas. Por ejemplo, cuando un marido llora a su mujer muerta, que (como ocurre a veces) no le gustaría ver resucitada, es posible que su corazón esté afectado por la tristeza que produce en él el aparato de los funerales y la ausencia de una persona a cuya conversación estaba acostumbrado; y es posible que algunos restos de amor o de piedad, presentes en su imaginación, le arranquen de sus ojos verdaderas lágrimas, a pesar de que siente una secreta alegría en lo más hondo de su alma, cuya emoción tiene tanto poder que la tristeza y las lágrimas que la acompañan en nada pueden disminuir su fuerza. Y cuando leemos en un libro aventuras extrañas o las vemos representar en un teatro, esto nos produce a veces tristeza, a veces alegría, o amor, u odio, y generalmente todas las pasiones, según la diversidad de los objetos que se ofrecen a nuestra imaginación; pero al mismo tiempo tenemos el placer de sentir cómo se producen en nosotros y este placer es una alegría intelectual que puede nacer lo mismo de la tristeza que de las demás pasiones.

Art. 148. El ejercicio de la virtud es un soberano remedio contra las pasiones

Ahora bien, como estas emociones interiores nos afectan más de cerca y, por consiguiente, tienen mucho más poder sobre nosotros que las pasiones que se encuentran con ellas y de las que difieren, es indudable que, con tal de que nuestra alma tenga siempre algo con que contentarse en su interior, ninguna contrariedad externa puede llegar a dañarla, sino que más bien sirve para aumentar su alegría porque, al ver que dichas contrariedades no la afectan, llega a conocer su perfección. Y para que nuestra alma tenga algo con que contentarse sólo necesita seguir exactamente la virtud. En efecto, todo aquel que haya

vivido de tal modo que su conciencia no pueda reprocharle que haya dejado nunca de hacer todo aquello que ha juzgado lo mejor (que es lo que aquí llamo seguir la virtud), recibe una satisfacción tan poderosa para hacerle feliz que ni los mayores esfuerzos de las pasiones tienen jamás poder suficiente para turbar la tranquilidad de su alma.

DE LAS PASIONES PARTICULARES

Art. 149. De la estimación y del desprecio

Tras haber explicado las seis pasiones primarias, que son como los géneros de los que todas las demás son especies, voy a señalar ahora lo que de particular hay en cada una de estas últimas ateniéndome al mismo orden que he seguido antes al enumerarlas. Las dos primeras son la estimación y el desprecio. En efecto, aunque estos nombres ordinariamente no significan más que las opiniones que, sin pasión, tenemos del valor de cada cosa, sin embargo, como de estas opiniones nacen con frecuencia pasiones a las que no se han dado nombres particulares, me parece que podemos designarlas con ellos. La estimación, en tanto que pasión, es una inclinación que tiene el alma a representarse el valor de la cosa estimada, inclinación originada por un movimiento particular de los espíritus de tal modo conducidos al cerebro que refuerzan las impresiones que sirven a este objeto; por el contrario, la pasión del desprecio es una inclinación del alma a considerar la bajeza o la pequeñez de lo que desprecia, inclinación producida por el movimiento de los espíritus que refuerzan la idea de esta pequeñez.

Art. 150. Estas dos pasiones no son sino especies de la admiración

De modo que estas dos pasiones no son sino especies de la admiración, porque, cuando no admiramos la grandeza o la pequeñez de un objeto, lo hacemos en la medida que la razón nos dicta, de manera que entonces lo estimamos o lo despreciamos sin pasión; y, aunque frecuentemente la estimación es producida en nosotros por el amor y el desprecio por el odio, esto no es universal y sólo proviene de que estamos más o menos inclinados a considerar la grandeza o la pequeñez de un objeto según que sintamos más o menos afecto por él.

Art. 151. Podemos estimarnos o despreciarnos a nosotros mismos
Ahora bien, estas dos pasiones pueden referirse por lo general a toda clase de objetos; pero son principalmente visibles cuando las referimos a nosotros mismos, es decir, cuando lo que estimamos o despreciamos es nuestro propio mérito. El movimiento de los espíritus que produce estas pasiones es entonces tan evidente que cambia hasta la cara, los gestos, la actitud y generalmente todas las acciones de quienes conciben una opinión de sí mismos mejor o peor que de costumbre.

Art. 152. Por qué causa podemos estimarnos
Como uno de los principales aspectos de la sabiduría es saber de qué modo y por qué debe uno estimarse o despreciarse, voy a tratar de dar aquí mi opinión al respecto. Sólo observo en nosotros una cosa que puede autorizar con razón a estimarnos: el uso de nuestro libre arbitrio y el dominio que tenemos sobre nuestras voluntades; pues sólo por las acciones que dependen de este libre arbitrio podemos ser alabados o censurados con razón; y nos hace en cierto modo semejantes a Dios haciéndonos dueños de nosotros mismos, con tal de que no perdamos por cobardía los derechos que nos da.

Art. 153. En qué consiste la generosidad
Creo que la verdadera generosidad, que hace que un hombre se estime en el más alto grado que legítimamente se puede estimar, consiste solamente, en parte, en que se da cuenta de que nada le pertenece verdaderamente a no ser esta libre disposición de sus voluntades y de que únicamente puede ser alabado o censurado por el buen o mal uso que hace de ella y, en parte, en que siente en sí mismo una firme y constante resolución a hacer buen uso de dicha disposición, es decir, a no carecer nunca de voluntad para emprender y ejecutar todas aquellas cosas que juzgue mejores; lo cual representa seguir perfectamente la virtud.

Art. 154. Impide despreciar a los demás
Los que tienen este conocimiento y sentimiento de sí mismos se persuaden fácilmente de que todos los demás hombres también pueden tenerlos, porque en esto no hay nada que dependa de otro. Por eso nunca desprecian a nadie; y, aunque muchas veces vean que los otros cometen faltas que evidencian su debilidad, se inclinan más a excusarlos que a condenarlos y a creer que las cometen por falta de conocimiento más bien que por falta de buena voluntad; y así como no

piensan que son muy inferiores a los que tienen más bienes o más honores, o incluso más espíritu, más saber, más bondad, o generalmente que los superan en algunas otras perfecciones, tampoco se consideran muy por encima de aquellos a quienes superan, porque todas estas cosas les parecen muy poco relevantes en comparación con la buena voluntad, único canon por el que se estiman y que suponen que también existe o puede existir en cada uno de los demás hombres.

Art. 155. En qué consiste la humildad virtuosa

Por eso los más generosos suelen ser los más humildes; y la humildad virtuosa consiste únicamente en que, al reflexionar sobre la imperfección de nuestra naturaleza y sobre las faltas que podamos haber cometido en otro tiempo o que somos capaces de cometer, no menores que las que pueden cometer otros, no nos creemos superiores a nadie y pensamos que, como los demás tienen su libre arbitrio igual que nosotros, también pueden usar bien de él.

Art. 156. Cuáles son las propiedades de la generosidad y cómo sirve de remedio contra todos los desórdenes de las pasiones

Los que son generosos de este modo se hallan naturalmente inclinados a hacer grandes cosas y, al mismo tiempo, a no emprender nada de que no se sientan capaces; como consideran que lo más importante es hacer el bien a los demás hombres y despreciar su propio interés, son siempre perfectamente corteses, afables y serviciales con el prójimo. Además son enteramente dueños de sus pasiones, en especial de sus deseos, de los celos y de la envidia, porque no hay nada cuya adquisición no dependa de ellos que juzguen lo suficiente valioso como para merecer ser muy deseado; y del odio a los hombres, porque los estiman a todos; y del miedo, porque los preserva de él la confianza que tienen en su virtud; y, finalmente, de la cólera, porque no estimando sino muy poco todas las cosas que dependen de los demás, jamás conceden tanta ventaja a sus enemigos como para reconocer que éstos los hayan ofendido.

Art. 157. Del orgullo

Todos los que tienen buena opinión de sí mismos por alguna otra causa, sea la que sea, no poseen verdadera generosidad, sino solamente un orgullo que es siempre muy vicioso, tanto más cuanto más injusta sea la causa por la que se estiman; y la más injusta de todas es cuando se es orgulloso sin ningún motivo, es decir, sin pensar que se tenga

algún mérito por el que uno deba ser estimado, sino sólo porque no se hace caso del mérito e, imaginándose que la gloria no es más que una usurpación, se cree que tienen más quienes más se atribuyen. Este vicio es tan irrazonable y tan absurdo que me costaría trabajo creer que haya hombres que se dejan arrastrar a él, si nadie fuera alabado nunca injustamente; pero la adulación es tan común en todas partes que no hay hombre, por defectos que tenga, que no haya sido estimado alguna vez por cosas que no merecen ninguna alabanza, e incluso que merecen censura. Tal es la causa de que los más ignorantes y los más estúpidos caigan en esta especie de orgullo.

Art. 158. Sus efectos son contrarios a los de la generosidad

En todo caso, sea cual sea la causa por la cual nos estimamos, si no es la voluntad que sentimos en nosotros mismos en el sentido de hacer siempre buen uso del libre arbitrio —de la que, como he dicho, proviene la generosidad—, produce siempre un orgullo muy censurable y tan diferente de la verdadera generosidad que tiene efectos completamente contrarios; pues como todos los demás bienes —la inteligencia, la belleza, las riquezas, los honores, etc.— acostumbran ser tanto más estimados cuanto menor es el número de personas en que se encuentran, y como en su mayoría son de tal naturaleza que no pueden comunicarse a varios, los orgullosos procuran rebajar a todos los demás hombres y, esclavos de sus deseos, tienen el alma constantemente agitada de odio, de envidia, de celos o de cólera.

Art. 159. De la humildad viciosa

En cuanto a la bajeza o humildad viciosa, consiste principalmente en que uno se siente débil o poco resuelto y, como si no estuviera en pleno uso del libre arbitrio, no puede impedir el hacer cosas de las que sabe que luego va a arrepentirse; consiste también en creer que no se puede subsistir por uno mismo ni pasar sin algunas cosas cuya adquisición depende de otro. Por eso es directamente opuesta a la generosidad y ocurre a menudo que los que tienen menos entendimiento son los más arrogantes y soberbios, del mismo modo que los más generosos son los más modestos y los más humildes. Mientras que los que tienen un espíritu más abierto y generoso no cambian de humor por las prosperidades o adversidades que les ocurran, quienes lo tienen débil y abyecto están a merced de la fortuna, y la prosperidad los hace vanagloriarse tanto como humildes los vuelve la adversidad. Incluso podemos observar a menudo que se rebajan vergonzosamente ante

aquellos de quienes esperan algún beneficio o temen algún mal y que, al mismo tiempo, se yerguen insolentemente por encima de aquellos de los cuales no esperan ni temen nada.

Art. 160. Cuál es el movimiento de los espíritus en estas pasiones

Por otra parte, resulta fácil darse cuenta de que el orgullo y la bajeza no son sólo vicios, sino también pasiones, porque su emoción se hace exteriormente muy evidente en los que se ufanan o se abaten de forma súbita en cada nueva ocasión; pero se puede dudar de si la generosidad y la humildad, que son virtudes, pueden ser también pasiones, porque sus movimientos son menos evidentes y porque parece que la virtud tiene menos que ver con la pasión que el vicio. Ello no obstante, no veo por qué razón el mismo movimiento de los espíritus que sirve para reforzar un pensamiento cuando éste tiene un fundamento que es malo no iba a servir también para reforzarle cuando tiene un fundamento justo; y, puesto que el orgullo y la generosidad no consisten sino en la buena opinión que uno tiene de sí mismo y sólo difieren en que esta opinión es injusta en el primero y justa en la segunda, creo que pueden referirse a una misma pasión, que es provocada por un movimiento compuesto de los de la admiración, la alegría y el amor, tanto el que se siente por sí mismo como el que se siente por la cosa que determina la propia estimación; y, al contrario, el movimiento que suscita la humildad, sea virtuosa o viciosa, está compuesto de los de la admiración, la tristeza y el amor que sentimos por nosotros mismos, unidos al odio que tenemos a nuestros propios defectos, que hacen despreciarse a sí mismo. La única diferencia que observo en estos movimientos es que el de la admiración tiene dos propiedades: la primera, que la sorpresa le hace fuerte desde el principio; y la otra, que es igual en su continuación, es decir, que los espíritus continúan moviéndose al mismo ritmo en el cerebro. De estas dos propiedades, la primera se encuentra mucho más en el orgullo y en la bajeza que en la generosidad y en la humildad virtuosa; y, en cambio, la segunda se observa mejor en éstas que en las otras dos. La razón de esto es que el vicio proviene habitualmente de la ignorancia y que los más propensos a enorgullecerse y a humillarse más de lo debido son los que peor se conocen, porque todo lo que les ocurre como novedad los sorprende y hace que, atribuyéndoselo a sí mismos, se admiren, y se estimen o se desprecien según crean que lo que les ocurre es o no ventajoso para ellos. Pero como frecuentemente después de una cosa que los ha enorgullecido les sucede otra que los humilla, el movimiento

de sus pasiones es variable; y, al contrario, en la generosidad no hay nada que no sea compatible con la humildad virtuosa, ni nada que las pueda cambiar, por lo cual sus movimientos son firmes, constantes y siempre muy semejantes a sí mismos. Pero no se producen tanto por sorpresa, porque los que se estiman de este modo saben bastante bien cuáles son las causas por las que se estiman; sin embargo, puede decirse que estas causas son tan maravillosas (a saber, el poder de hacer uso de su libre arbitrio, que nos permite apreciarnos a nosotros mismos, y las imperfecciones del sujeto en que se da este poder, que nos hacen no estimarnos demasiado) que cada vez que nos las representamos de nuevo producen admiración.

Art. 161. Cómo se puede adquirir la generosidad

Y hay que observar que lo que habitualmente denominamos virtudes son hábitos del alma que la disponen a ciertos pensamientos, de suerte que son diferentes de estos pensamientos, pero que pueden producirlos y, recíprocamente, ser producidos por ellos. Hay que observar también que dichos pensamientos pueden ser producidos por el alma sola, pero que con frecuencia ocurre que algún movimiento de los espíritus los refuerza y que en ese caso son actos de virtud y a la vez pasiones del alma; así, aunque parece que no hay virtud a la que tanto contribuya la buena estirpe como la que hace que nos estimemos únicamente en el justo valor, y aunque sea fácil creer que no todas las almas que Dios pone en nuestros cuerpos son igualmente nobles y fuertes (por lo que he llamado a esta virtud generosidad, de acuerdo con el uso de nuestra lengua, en vez de magnanimidad, según costumbre de la escuela, en la que aquella palabra no es muy conocida), es indudable, sin embargo, que la buena educación sirve mucho para corregir los defectos de nacimiento, y que si nos preocupamos a menudo de considerar qué es el libre arbitrio y cuán grandes son las ventajas de tener una firme resolución de hacer buen uso de él, así como, por otra parte, cuán vanos e inútiles son todos los cuidados que preocupan a los ambiciosos, podemos suscitar en nosotros la pasión y luego adquirir la virtud de la generosidad. Y como ésta es la clave de todas las demás virtudes y un remedio contra todos los desórdenes de las pasiones, creo que esta consideración bien merece ser observada.

Art. 162. De la veneración

La veneración o el respeto es una inclinación del alma no sólo a estimar el objeto que venera, sino también a someterse a él con cierto temor

para tratar de hacérselo favorable; de manera que únicamente tenemos veneración por las causas libres que juzgamos capaces de hacernos bien o mal, sin que sepamos cuál de los dos nos harán. En efecto, sentimos amor y devoción, no simple veneración, por aquellos de quienes sólo esperamos un bien, y sentimos odio por aquellos de quienes sólo esperamos un mal; y si no creemos que la causa de este bien o de este mal sea libre, no nos sometemos a ella para tratar de hacerla favorable. Así, por ejemplo, cuando los paganos sentían veneración por los bosques, las fuentes o las montañas, no veneraban propiamente cosas muertas, sino las divinidades que en su opinión imperaban en ellas. Y el movimiento de los espíritus que suscita esta pasión se compone del que provoca la admiración y del que provoca el temor, del cual hablaré luego.

Art. 163. Del desdén

Asimismo, lo que llamo desdén es la inclinación del alma a menospreciar una causa libre juzgando que, aunque por su naturaleza sea capaz de hacer bien o mal, impera, sin embargo, tan por encima de nosotros que no puede hacer ni lo uno ni lo otro. Y el movimiento de los espíritus que lo suscita se compone de los que provocan la admiración y la seguridad o la audacia.

Art. 164. Del uso de estas dos pasiones

Lo que determina el buen o mal uso de estas dos pasiones es la generosidad y la debilidad de espíritu o la bajeza, pues cuanto más noble y generosa es nuestra alma más inclinados estamos a dar a cada cual lo que le corresponde; y así no sólo se tiene una profunda humildad hacia Dios, sino que también se rinde sin repugnancia todo el honor y el respeto debido a los hombres, a cada cual según el rango y la autoridad que tiene en el mundo, y no se desprecia nada más que los vicios. Por el contrario, los que tienen un espíritu bajo y débil son propensos a pecar por exceso, unas veces porque veneran y temen cosas que sólo merecen desprecio, y otras porque desdeñan insolentemente las que más merecen ser veneradas; además pasan muy rápidamente de la extrema impiedad a la superstición y luego de la superstición a la impiedad, de suerte que no hay vicio ni desorden del espíritu del que no sean capaces.

Art. 165. De la esperanza y del temor

La esperanza es una disposición del alma a persuadirse de que lo que desea ocurrirá, disposición originada por un movimiento particular de

los espíritus, a saber, por el de la alegría y el del deseo juntos. Y el temor es otra disposición del alma que la persuade de que no ocurrirá; hay que observar que aunque estas dos pasiones son contrarias podemos sentir las dos juntas, por ejemplo, cuando consideramos al mismo tiempo diversas razones, unas de las cuales hacen pensar que el cumplimiento del deseo es cosa fácil, mientras que las otras hacen creer que es difícil.

Art. 166. De la seguridad y de la desesperación

No hay vez que una de estas pasiones acompañe al deseo sin dejar algún lugar a la otra, pues cuando la esperanza es tan grande que excluye por completo el temor, cambia de naturaleza y se llama seguridad o certidumbre; y cuando se está seguro de que lo que se desea ocurrirá, aunque se siga queriendo que ocurra, se deja de estar agitado por la pasión del deseo, que hacía buscar con inquietud el acontecimiento. Asimismo, cuando el temor es tan considerable que excluye toda esperanza, se convierte en desesperación; y esta desesperación, al presentarse la cosa como imposible, extingue por completo el deseo, el cual se dirige únicamente a las cosas posibles.

Art. 167. De la celotipia

La celotipia es una especie de temor relacionado con el deseo que tenemos de conservar la posesión de algún bien; y no se debe tanto a la fuerza de las razones que hacen pensar que dicho bien puede perderse como de lo mucho que le estimamos, lo cual nos hace examinar hasta los más nimios motivos de sospecha y tomarlos por razones muy considerables.

Art. 168. Cuándo puede ser honrada esta pasión

Como debemos preocuparnos más de conservar los bienes mayores que los menores, esta pasión puede ser justa y honrada en algunas ocasiones. Así, por ejemplo, un capitán que guarda una plaza de gran importancia tiene derecho a estar celoso de ella, es decir, a desconfiar de todos los medios por los cuales podría ser sorprendida; y a una mujer honrada no se la censura por ser celosa de su honor, es decir, por guardarse no sólo de comportarse mal, sino también de evitar hasta los más mínimos motivos de maledicencia.

Art. 169. Cuándo es censurable

En cambio, nos burlamos de un avaro cuando está celoso de su tesoro, es decir, cuando no lo pierde de vista y no quiere alejarse nunca de

él por miedo a que se lo roben. Y nos burlamos porque el dinero no merece la pena que sea guardado con tanto cuidado. Y despreciamos a un hombre celoso de su mujer, porque esto pone de manifiesto que su amor no es de buena ley y que tiene mala opinión de sí mismo o de ella. Digo que su amor no es de buena ley porque si sintiera verdadero amor por ella no se sentiría inclinado a desconfiar de la misma; pero no es propiamente a ella a quien ama, sino sólo al bien que cree hallar en ser su único poseedor; y no temería perder este bien si no se juzgara indigno del mismo o no creyera infiel a su mujer. Por lo demás, esta pasión sólo se refiere a las sospechas y a las desconfianzas, pues tratar de evitar algún mal cuando se tiene un motivo justo para temer no es propiamente ser celoso.

Art. 170. De la irresolución

La irresolución es también una especie de temor que, manteniendo el alma indecisa entre varias acciones que puede ejecutar, es causa de que no realice ninguna, y así tiene tiempo para elegir antes de decidirse, en lo cual la irresolución tiene verdaderamente algo de bueno. Pero cuando dura más de lo debido y emplea en deliberar el tiempo que se necesita para actuar, es muy mala. Pues bien, digo que es una especie de temor, aunque, cuando hay que elegir entre varias cosas cuya bondad parece muy igual, puede ocurrir que permanezcamos inciertos e irresolutos sin que por eso tengamos ningún temor. En efecto, esta clase de irresolución se debe solamente al motivo que se presenta, y no a ninguna emoción de los espíritus; por eso no es una pasión, a no ser que el temor a errar en la elección aumente su incertidumbre. Pero este temor es tan corriente y tan fuerte en algunos que a menudo, aunque no tengan que elegir ni vean más que una sola cosa a tomar o dejar, ésta los retiene y se paran inútilmente a buscar otras. En este caso se trata de un exceso de irresolución que se debe a un deseo demasiado grande de actuar bien, el cual, sin ninguna noción clara y precisa, tiene muchas confusas. Por eso el remedio contra este exceso es acostumbrarse a formar juicios ciertos y determinados sobre todas las cosas que se presentan y a creer que cumplimos siempre nuestro deber cuando hacemos lo que nos parece mejor, aunque tal vez juzguemos muy mal.

Art. 171. De la valentía y de la audacia

La valentía, cuando es una pasión y no un hábito o inclinación natural, es un cierto calor o agitación que dispone al alma a lanzarse pode-

rosamente a la ejecución de las cosas que quiere hacer, cualquiera que sea su naturaleza. La audacia es una especie de valentía que dispone al alma para la ejecución de las cosas más peligrosas.

Art. 172. De la emulación

También la emulación es una especie de valentía, pero en otro sentido; pues se puede considerar la valentía como un género que se divide en tantas especies como objetos diferentes hay y en tantas otras como causas: la audacia es una especie en el primer sentido, la emulación lo es en el segundo. Y esta última no es sino un calor que dispone al alma para emprender cosas que espera poder conseguir porque las ha visto conseguir a otros. Por eso es una especie de valentía cuya causa externa es el ejemplo. Digo causa externa porque debe haber además una interna, que consiste en tener el cuerpo dispuesto de tal modo que el deseo y la esperanza tienen más fuerza para hacer afluir cantidad de sangre al corazón que el temor o la desesperación para impedirlo.

Art. 173. Cómo la audacia depende de la esperanza

En efecto, es de observar que, aunque el objeto de la audacia sea la dificultad —de la cual surge ordinariamente el temor y la desesperación—, de suerte que es en los asuntos más peligrosos y más desesperados donde se emplea más audacia y valentía, sin embargo, para oponerse con vigor a las dificultades con que se tope, hay que tener la esperanza o incluso la seguridad de lograr el fin perseguido. Pero este fin es diferente del objeto, pues no podemos estar seguros y desesperados ante una misma cosa y al mismo tiempo. Así, cuando los decios se lanzaban hacia los enemigos y corrían a una muerte cierta, el objeto de su audacia era la dificultad de conservar su vida durante esta acción, en cuya dificultad no tenían sino desesperación, pues estaban seguros de morir; pero su finalidad era animar a sus soldados con el ejemplo y hacerles conseguir la victoria, en la que tenían esperanza; o también su finalidad era alcanzar la gloria después de su muerte, de la que estaban seguros.

Art. 174. De la cobardía y del miedo

La cobardía es directamente opuesta a la valentía y se trata de una languidez o frialdad que impide al alma lanzarse a la ejecución de las cosas que haría si estuviera exenta de esta pasión; y el miedo o el terror, lo contrario de la audacia, no es sólo una frialdad, sino también

una turbación y un pasmo del alma que le quita la fuerza para resistir a los males que presiente próximos.

Art. 175. De la utilidad de la cobardía

Ahora bien, aunque no puedo creer que la naturaleza haya dado a los hombres alguna pasión que sea siempre viciosa y que no tenga ninguna función buena y loable, me cuesta trabajo intuir para qué pueden servir estas dos. Me parece únicamente que la cobardía tiene cierta utilidad cuando hace que uno esté exento de las penalidades que razones verosímiles podrían incitar a arrostrar si otras razones más ciertas, que permiten juzgar acerca de la inutilidad de dichas penalidades, no suscitaran esta pasión de la cobardía; pues, además de evitar al alma estas penalidades, también es útil entonces para el cuerpo, porque al retardar el movimiento de los espíritus impide que se disipen sus fuerzas. Así y todo, generalmente es muy nociva, porque aparta a la voluntad de acciones útiles; y, como se debe únicamente a que no se tiene bastante esperanza o deseo, para corregirla sólo hace falta aumentar en nosotros estas dos pasiones.

Art. 176. De la utilidad del miedo

En cuanto al miedo o el terror, me parece que nunca puede ser loable y útil; no se trata de una pasión particular, sino sólo de un exceso de cobardía, de pasmo y de temor, siempre vicioso, como la audacia es un exceso de valentía, que siempre es bueno con tal de que la finalidad que se proponga sea buena; y como la principal causa del miedo es la sorpresa, no hay nada mejor para librarse de él que obrar con premeditación y prepararse para todos los acontecimientos cuyo temor puede causar el miedo.

Art. 177. Del remordimiento

El remordimiento de conciencia es una especie de tristeza que nace de la duda que tenemos acerca de si lo que se hace o se ha hecho es bueno, y presupone necesariamente la duda. En efecto, si estuviéramos completamente seguros de que lo que hacemos es malo, dejaríamos de hacerlo, porque la voluntad no se inclina sino a cosas que tienen alguna apariencia de buenas; y si estuviéramos seguros de que lo que hemos hecho ya es malo, sentiríamos arrepentimiento y no sólo remordimientos. Ahora bien, la función de esta pasión es hacernos examinar si la cosa de que se duda es buena o no, o impedir que la realicemos otra vez mientras no estemos seguros de que es buena. Pero, como

presupone el mal, lo mejor sería no tener nunca ocasión de sentirla; y podemos prevenirla por los mismos medios con los que podemos librarnos de la irresolución.

Art. 178. De la burla

La irrisión o burla es una especie de alegría mezclada con odio que nace cuando descubrimos algún pequeño mal en una persona a la que consideramos merecedora de él: se siente odio por ese mal y alegría de verlo en quien es digno de él. Y cuando esto ocurre repentinamente, la sorpresa de la admiración provoca el estallido de la risa, de acuerdo con lo que se ha dicho anteriormente sobre la naturaleza de la misma. Pero ese mal debe ser pequeño, pues si es grande no podemos creer que el que lo padece lo merezca, a no ser que se tenga muy mala índole o que tengamos mucho odio a la persona de que se trata.

Art. 179. Por qué los más imperfectos suelen ser los más burlones

Y observamos que los que tienen defectos más visibles, por ejemplo los cojos, tuertos, jorobados, o los que han recibido alguna afrenta pública, son particularmente propensos a la burla; pues, deseando ver a todos los demás tan desgraciados como ellos, se divierten mucho con los males que les ocurren y los juzgan merecedores de ellos.

Art. 180. De la utilidad de la broma

En cuanto a la broma[9] modesta, que reprende útilmente los vicios, mostrándolos ridículos, sin por eso reírse uno mismo de ellos ni manifestar ningún odio contra las personas, no es una pasión, sino una cualidad de hombre honrado, que saca a la superficie la alegría de su humor y la tranquilidad de su alma y a veces también la habilidad de su ingenio para saber dar una apariencia agradable a las cosas de que se burla.

Art. 181. De la función de la risa en la broma

No es insano reírse cuando se oyen bromas sobre otro; incluso pueden ser tales que sería un amargado quien no se riera; pero cuando la broma la hace uno mismo es mejor no reírse, para no parecer sorprendido por las cosas que se dice, ni admirar el ingenio que se tiene al inventarlas; y esto hace que parezcan más sorprendentes a quienes las oyen.

---

[9] Traduzco *raillerie* por «broma»; *moquerie* es el concepto francés que aquí corresponde a «burla».

Art. 182. De la envidia

Lo que generalmente se llama envidia es un vicio consistente en una perversidad natural que hace que algunas personas se enojen por el bien que les ocurre a otros hombres; pero yo utilizo aquí esta palabra para designar una pasión que no siempre es viciosa. Así, pues, en tanto que pasión, la envidia es una especie de tristeza mezclada con odio que proviene de ver el bien que les ocurre a quienes se juzga indignos de él; y esto sólo puede pensarse con razón de los bienes de la fortuna, pues los bienes del alma e incluso los del cuerpo, como se tienen de nacimiento, los merecemos todos por haberlos recibido de Dios antes de que fuéramos capaces de cometer mal alguno.

Art. 183. Cómo puede ser justa o injusta

Pero cuando la fortuna envía sus bienes a alguien que es verdaderamente indigno de ellos y la envidia sólo surge en nosotros porque, amando naturalmente la justicia, nos enojamos al ver que ésta no se cumple en la distribución de dichos bienes, se trata de un celo que puede ser excusable, principalmente cuando el bien que reciben otros es de tal naturaleza que puede convertirse en un mal en sus manos. Así, por ejemplo, tratándose de algún cargo u oficio en cuyo ejercicio pueden comportarse mal, incluso cuando se desea para sí mismo ese mismo bien y no se puede tener porque otros que son menos dignos de él lo poseen, esto hace la pasión más violenta, y no deja de ser excusable siempre que el odio que lleva consigo se refiera exclusivamente a la mala distribución del bien en cuestión y no a las personas que lo poseen o lo distribuyen. Pero hay pocos tan justos y generosos como para no sentir odio por quienes se les adelantan en la adquisición de un bien que no es comunicable a varios y que habían deseado para sí mismos, aun cuando aquellos que lo han adquirido sean tanto o más dignos del mismo. Y lo que habitualmente produce más envidia es la gloria; pues, aunque la de los demás no impide que nosotros podamos aspirar a ella, hace su acceso más difícil y más costoso.

Art. 184. A qué se debe el que los envidiosos sean propensos a tener la tez plomiza

Por otra parte, ningún vicio daña tanto la felicidad de los hombres como el de la envidia, pues, además de que los envidiosos se afligen a sí mismos, turban también con todo su poder el placer de los demás, y habitualmente tienen la tez plomiza, es decir, entre amarillenta y ne-

gra y como de sangre coagulada. Por eso la envidia se llama livor[10] en latín. Esto coincide perfectamente con lo que he dicho antes acerca de los movimientos de la sangre en la tristeza y en el odio, pues éste hace que la bilis amarilla, procedente de la parte inferior del hígado, y la negra, procedente del bazo, pasen desde el corazón a las venas a través de las arterias; y esto hace que la sangre de las venas tenga menos calor y circule más lentamente que de ordinario, lo cual basta para poner lívido el color. Pero puesto que la bilis, tanto amarilla como negra, también puede llegar a las venas por otras varias causas y como la envidia no la impulsa hacia ellas en cantidad suficiente para cambiar el color de la tez, a no ser que sea muy grande y de larga duración, no debemos pensar que todos los que tienen ese color son propensos a la envidia.

Art. 185. De la piedad

La piedad es una especie de tristeza acompañada de amor o de buena voluntad hacia aquellos a quienes vemos sufrir algún mal del que no los creemos merecedores. Por tanto, es contraria a la envidia por razón de su objeto, y a la burla porque los considera de otro modo.

Art. 186. Quiénes son los más piadosos

Los que se sienten muy débiles y muy sujetos a las adversidades de la fortuna parecen ser los más inclinados a esta pasión porque se representan el mal que sufren los otros como algo que les pudiera suceder a ellos. Por consiguiente, son movidos a piedad más por amor a sí mismos que por el amor que sienten por los demás.

Art. 187. Cómo los más generosos experimentan esta pasión

Ello no obstante, los más generosos y los que tienen el espíritu más curtido, de modo que no temen ningún mal para ellos y se consideran por encima del poder de la fortuna, no dejan de sentir compasión cuando ven la debilidad de los demás hombres y oyen sus quejas; pues forma parte de la generosidad tener buena voluntad hacia el prójimo. Pero la tristeza de esta piedad no es amarga, sino que, como la que producen las acciones funestas que vemos representar en el teatro, está más en el exterior y en el sentido que en el interior del

[10] *Livor*, de *liveo*, «estar lívido, amoratado»; figuradamente, «tener envidia». Sin embargo, el castellano «envidia» y el francés *envie* proceden de otra palabra latina, *invidia* (de *invideo*, literalmente «mirar con malos ojos»).

alma, la cual tiene, sin embargo, la satisfacción de pensar que cumple con su deber al compadecer a los afligidos. La diferencia está en que mientras el hombre corriente siente compasión de los que se quejan porque piensa que los males que sufre son muy penosos, el principal objeto de la piedad de los más grandes hombres es la debilidad de los que se lamentan, porque consideran que ningún accidente que pueda ocurrir es un mal tan grande como la cobardía de quienes no pueden soportarlo con constancia; y aunque odian los vicios no por eso odian a los que se ven sometidos a ellos, sino que sólo sienten piedad hacia éstos.

Art. 188. Quiénes son los que no sienten piedad
Las únicas personas insensibles a la piedad son los espíritus malévolos y envidiosos que odian por naturaleza a todos los hombres, o bien los que son tan brutales, tan cegados por la buena suerte o desesperados por la mala, que no piensan que pueda ocurrirles ningún mal.

Art. 189. Por qué esta pasión mueve a llorar
Por otra parte, en esta pasión se llora muy fácilmente debido a que el amor, enviando mucha sangre hacia el corazón, hace salir muchos vapores por los ojos, y a que la frialdad de la tristeza, al retardar la agitación de dichos vapores, hace que éstos se conviertan en lágrimas, como he explicado antes.

Art. 190. De la autosatisfacción
La satisfacción que siempre tienen los que siguen constantemente la virtud, es en su alma un hábito que se llama tranquilidad y reposo de consciencia; pero la que se adquiere cuando se acaba de realizar alguna acción que se considera buena es una pasión, a saber, una especie de alegría, en mi opinión la más dulce de todas, porque su causa depende sólo de nosotros. Ello no obstante, cuando esta causa no es justa, es decir, cuando las acciones que proporcionan mucha satisfacción no son de gran importancia o incluso son viciosas, resulta ridícula y únicamente sirve para producir un orgullo y una arrogancia impertinentes. Esto se puede observar particularmente en quienes, creyéndose devotos, son solamente beatos y supersticiosos; es decir, que a la sombra de ir mucho a la iglesia, recitar muchas oraciones, llevar los cabellos cortos, ayunar y dar limosnas, creen ser completamente perfectos y se imaginan tan grandes amigos de Dios que no pueden hacer nada que le desagrade y que todo lo que les dicta su pasión es un buen celo,

aunque a veces les dicte los mayores crímenes que pueden ser cometidos por los hombres, como traicionar ciudades, matar príncipes, exterminar pueblos enteros por el simple hecho de que no se someten a sus opiniones.

Art. 191. Del arrepentimiento

El arrepentimiento, directamente contrario a la autosatisfacción, es una especie de tristeza que surge cuando creemos haber hecho una mala acción, y es muy amarga porque su causa sólo procede de nosotros mismos; lo cual no impide, sin embargo, que sea muy útil cuando es cierto que la acción de la que nos arrepentimos es mala y tenemos la certeza de ello, porque nos incita a obrar mejor otra vez. Ahora bien, suele ocurrir que los espíritus débiles se arrepienten de cosas que han hecho sin saber con seguridad que eran malas; lo creen así solamente porque lo temen y si hubieran hecho lo contrario también se arrepentirían, lo cual es en ellos una imperfección digna de piedad. Los remedios contra este defecto son los mismos que sirven para acabar con la irresolución.

Art. 192. Del favor

El favor[11] es propiamente un deseo de bien para las personas hacia las que tenemos buena voluntad, pero yo utilizo aquí esta palabra para designar esta voluntad cuando la produce en nosotros alguna buena acción de la persona por quien la sentimos. En efecto, estamos naturalmente dispuestos a amar a quienes hacen cosas que consideramos buenas, aunque ello no nos reporte a nosotros ningún bien. En este sentido el favor es una especie de amor, no de deseo, aunque el deseo de bien para la persona a quien favorecemos la acompañe siempre; y generalmente va unida a la piedad, porque las desgracias que ocurren a los desventurados nos hacen reflexionar sobre sus méritos.

Art. 193. Del agradecimiento

El agradecimiento es también una especie de amor suscitado en nosotros por alguna acción de aquel por quien lo sentimos y con la cual creemos que nos ha hecho algún bien, o al menos que ha tenido inten-

[11] «Favor» traduce aquí el francés *faveur*. He preferido la versión literal aunque no recoge bien el sentido que da Descartes al término. En el art. 64 lo he traducido por «simpatía», por cuanto se dice que alguien «nos es simpático» o «nos cae en gracia».

ción de hacérnoslo. Así, pues, está compuesto de la misma manera que el favor, pero basado además en una acción que nos afecta y a la que deseamos corresponder. Por eso tiene mucha más fuerza que el favor, principalmente en las almas un poco nobles y generosas.

Art. 194. De la ingratitud

La ingratitud no es una pasión[12] pues la naturaleza no ha puesto en nosotros ningún movimiento de los espíritus que la provoque; es solamente un vicio directamente opuesto al agradecimiento en tanto que éste es siempre virtuoso y uno de los principales vínculos de la sociedad humana. Por eso este vicio sólo se da en los hombres brutales y neciamente arrogantes, que se consideran el ombligo del mundo, o en los estúpidos, que no reflexionan sobre los beneficios que reciben, o en los débiles y abyectos, que, sintiendo su flaqueza y su miseria, buscan con bajeza el apoyo de los demás y, una vez conseguido, los odian porque, al no tener voluntad para pagarlos con la misma moneda o no pudiendo hacerlo y figurándose que todo el mundo es mercenario como ellos y que sólo se hace un bien con la esperanza de ser recompensado, piensan que los han engañado.

Art. 195. De la indignación

La indignación es una especie de odio o de aversión que se tiene por naturaleza contra los que hacen algún mal, sea del tipo que sea; generalmente va unida a la envidia o a la piedad, pero, en cambio, tiene un objeto muy diferente, pues sólo nos indignamos contra los que hacen bien o mal a las personas que no lo merecen, mientras que sentimos envidia por los que reciben dicho bien y piedad por los que sufren el mal. Es cierto, de todos modos, que poseer un bien no merecido es ya, en cierto sentido, hacer mal; probablemente ésta es la causa de que Aristóteles y sus discípulos, suponiendo que la envidia es siempre un vicio, dieran el nombre de indignación a la que no es viciosa.

Art. 196. Por qué unas veces va unida a la piedad y otras a la mofa

También, en cierto modo, hacer mal es recibirlo; por eso algunos unen a su indignación la piedad, y otros la mofa, según consideren con bue-

[12] Esto justifica el que no figure en la enumeración de las pasiones que hace Descartes en la segunda parte del presente tratado: el art. 64 (sobre la simpatía —o el favor— y el agradecimiento) iba seguido por el art. 65 (sobre la indignación y la ira).

na o mala voluntad a aquellos que cometen faltas, y así se entiende que la risa de Demócrito y el llanto de Heráclito puedan proceder de la misma causa.

Art. 197. La indignación va acompañada a menudo por la admiración y no es incompatible con la alegría

También la admiración acompaña con frecuencia a la indignación, pues solemos suponer que todas las cosas se harán de la manera que nosotros consideramos buena. Por eso, cuando no ocurre así, nos sorprende y lo admiramos. Tampoco es incompatible con la alegría aunque por lo general vaya unida a la tristeza; en efecto, cuando el mal que nos produce indignación no puede dañarnos y consideramos que no haríamos nosotros algo parecido, sentimos cierto placer; y es probablemente una de las causas de que la risa acompañe a veces a esta pasión.

Art. 198. De su uso

Por lo demás, la indignación se observa mucho más en los que quieren parecer virtuosos que en quienes lo son realmente; pues, aunque los que aman la virtud no pueden ver sin cierta aversión los vicios de los demás, sólo se apasionan contra los más grandes y extraordinarios. Sentir mucha indignación por cosas nimias es ser difícil y taciturno; sentirla por las que no son censurables es ser injusto, y es ser impertinente y absurdo no limitar esta pasión a las acciones de los hombres y verla hasta en las obras de Dios o de la naturaleza, como hacen los que, siempre descontentos de su condición y de su fortuna, se atreven a criticar la conducta del mundo y los secretos de la Providencia.

Art. 199. De la ira

También la ira es una especie de odio o aversión que sentimos contra los que han hecho algún mal o han tratado de hacer daño, no indiferentemente a cualquiera, sino particularmente a nosotros. Así, pues, tiene el mismo contenido que la indignación y además se funda en una acción que nos afecta y de la que deseamos vengarnos. En efecto, el deseo de venganza la acompaña casi siempre. La ira se opone directamente al agradecimiento, como la indignación al favor, pero es incomparablemente más violenta que esas otras tres pasiones porque el deseo de rechazar las cosas nocivas y de vengarse es el más apremiante de todos. El deseo unido al amor hacia uno mismo es lo que da a la ira toda la agitación de la sangre que pueden producir la

valentía y la audacia; y el odio hace que sea principalmente la sangre biliosa procedente del bazo y de las venillas del hígado la que reciba esta agitación y entre en el corazón, donde, a causa de su abundancia y de la naturaleza de la bilis con la que va unida, produce un calor más agudo y más ardiente que el que puede ser producido por el amor o por la alegría.

Art. 200. Por qué los que enrojecen de ira son menos de temer que los que palidecen

Los signos externos de esta pasión son distintos según los diversos temperamentos de las personas y la diversidad de las demás pasiones que la componen o se unen a ella. Así, por ejemplo, vemos que unas personas palidecen o tiemblan cuando estallan de ira mientras que otras enrojecen e incluso llegan a llorar. Generalmente se considera que la ira de los que palidecen es más de temer que la ira de los que enrojecen y la razón de esto es que, cuando una persona no quiere o no puede vengarse más que con el gesto o con la palabra, emplea todo su calor y toda su fuerza desde el mismo momento en que se emociona, con lo cual se pone roja; además, algunas veces, la pena y la piedad hacia uno mismo porque no puede vengarse de otra manera es la causa de que llore. Y, al contrario, las personas que se reservan disponiéndose a una venganza mayor se entristecen al pensar que se ven obligados a ella por la acción que provoca su ira; y, a veces, temen también los males que pueden seguirse de la resolución que han tomado, lo cual los pone al principio pálidos, fríos y temblorosos; pero cuando llega el momento de ejecutar su venganza se calientan tanto más cuanto más fríos estaban al principio, de la misma manera que las fiebres que empiezan con frío suelen ser las más fuertes.

Art. 201. Hay dos clases de ira y las personas más bondadosas son las más propensas a la primera

De aquí resulta que podemos distinguir dos clases de ira: una que es muy súbita y tiene claras manifestaciones externas, pero que, en cambio, tiene poco efecto y puede ser fácilmente apaciguada; otra que no se exterioriza tanto al principio, pero que continúa royendo el corazón y tiene efectos más peligrosos. Los hombres que poseen mucha bondad y mucho amor son los más propensos a la primera, pues ésta no procede de un odio profundo, sino de una súbita aversión que los sorprende, porque, al sentirse inclinados a imaginar que todas las cosas deben suceder de la manera que a ellos les parece la mejor,

cada vez que sucede de otro modo se admiran y se sorprenden de ello, por lo general incluso sin que el asunto los afecte personalmente. Y esto se debe a que, al ser muy afectivos, se interesan por las personas que aman tanto como por ellos mismos. Por eso lo que para otros sólo sería motivo de indignación es para ellos motivo de ira; y, como su inclinación a amar hace que tengan mucho calor y mucha sangre en el corazón, basta con que la aversión que los sorprende envíe a la sangre aunque no sea más que un poco de bilis para que sientan una gran emoción; pero esta emoción de la sangre dura muy poco, porque la fuerza de la sorpresa no continúa y en cuanto estos hombres se dan cuenta de que el motivo que los ha enojado no debía emocionarlos tanto, se arrepienten.

Art. 202. Las que más se dejan arrastrar por la otra ira son las almas débiles y bajas

La otra clase de ira, en la que predomina el odio y la tristeza, no es tan evidente al principio, a no ser quizá porque da palidez al rostro; pero su fuerza aumenta progresivamente por la agitación de un ardiente deseo de vengarse suscitado en la sangre, la cual, al mezclarse con la bilis impulsada hacia el corazón desde la parte inferior del hígado y del bazo, produce en él un calor áspero y muy agudo. Y del mismo modo que las almas más generosas son las que sienten mayor agradecimiento, así también las más orgullosas, bajas y débiles son las que más se dejan arrastrar por esta clase de ira; pues las injurias parecen tanto mayores cuanto más nos hace estimarnos el orgullo y cuánto más estimamos los bienes que ellas nos quitan, y los estimamos más cuanto más débil y más baja es nuestra alma, ya que dependen de los demás.

Art. 203. La generosidad sirve de remedio contra los excesos de la ira

Además, aunque esta pasión sea útil para darnos la fortaleza necesaria para rechazar las injurias, no hay ninguna otra cuyos excesos debamos evitar con más cuidado, porque éstos, al turbar el juicio, nos hacen a menudo cometer faltas de las que luego tenemos que arrepentirnos, e incluso a veces impiden rechazar dichas injurias como lo haríamos con menos emoción. Pero de la misma manera que no hay nada que la haga tan excesiva como el orgullo, así también creo que la generosidad es el mejor remedio que podemos hallar contra sus excesos, porque, al hacer que estimemos muy poco todos aquellos bienes que nos pueden quitar y mucho, en cambio, la libertad y el dominio absoluto sobre nosotros mismos, dominio que perdemos cuando alguien puede ofender-

nos, la generosidad permite que sólo sintamos desprecio o a lo sumo indignación por las injurias que a otros suelen ofender.

Art. 204. De la gloria

Lo que aquí designo con el nombre de gloria es una especie de alegría fundada en el amor hacia nosotros mismos y que se debe a que pensamos o esperamos ser alabados por otros. Es diferente de la satisfacción interior que procede de pensar que hemos hecho una buena acción, pues a veces somos alabados por cosas que no creemos buenas y censurados por otras que consideramos mejores. De todas formas, una y otra son especies de la propia estimación, al mismo tiempo que variantes de la alegría, pues un motivo para estimarnos es ver que los demás nos estiman.

Art. 205. De la vergüenza

La vergüenza, en cambio, es una especie de tristeza fundada también en el amor propio y nace de pensar o temer que han de censurarnos; además es una especie de modestia, o de humildad, y de desconfianza en nosotros mismos, pues cuando nos estimamos en tanto que no nos podemos imaginar el que nadie nos desprecie, difícilmente podemos sentirnos avergonzados.

Art. 206. Del uso de estas dos pasiones

Ahora bien, la gloria y la vergüenza tienen la misma función al incitarnos a la virtud, la una por la esperanza y la otra por el temor; sólo que es necesario adiestrar el juicio sobre lo que realmente es digno de censura o de alabanza, a fin de no avergonzarnos de obrar bien y de no envanecernos de nuestros vicios, como ocurre a veces. Pero no es sano despojarse enteramente de estas pasiones, como hacían antaño los cínicos, porque, aunque el pueblo juzgue muy mal, como no podemos vivir sin él y nos importa su estimación, frecuentemente debemos seguir sus opiniones antes que las nuestras en lo referente al aspecto exterior de nuestras acciones.

Art. 207. De la desvergüenza

La desvergüenza o el descaro, que es un menosprecio de la vergüenza, y a veces también de la gloria, no es una pasión,[13] porque no hay en

[13] Y, por consiguiente, no figura en la enumeración de las pasiones que Descartes hace en la segunda parte del presente libro. *Vid.* arts. 66 y 67.

nosotros ningún movimiento particular de los espíritus que la provoque; pero es un vicio opuesto a la vergüenza y también a la gloria, en tanto que una y otra son buenas, como la ingratitud es opuesta al agradecimiento y la crueldad a la piedad. La causa principal del descaro proviene de haber recibido varias veces importantes afrentas; pues no hay nadie que, siendo joven, no se imagine que la alabanza es un bien y la infamia un mal mucho más importantes para la vida de lo que la experiencia enseña que son, cuando, habiendo recibido algunas afrentas señaladas, nos vemos enteramente privados de honor y despreciados por todo el mundo. Por eso estos últimos se vuelven unos descarados que, al medir el bien y el mal sólo por las comodidades del cuerpo, ven que después de estas afrentas las disfrutan tanto como antes, e incluso a veces mucho más, porque se sienten liberados de ciertos compromisos a los que los obligaba el honor, y si a su desgracia se une la pérdida de los bienes no faltan personas caritativas que se los den.

Art. 208. Del hastío

El hastío es una especie de tristeza que proviene de la misma causa que antes dio origen a la alegría; pues estamos compuestos de tal manera que la mayoría de las cosas de que gozamos sólo nos parecen buenas por un tiempo y luego nos resultan incómodas. Esto se ve principalmente en el beber y en el comer que sólo es útil cuando tenemos ganas y es perjudicial cuando no las tenemos. Y como entonces dejan de ser agradables al gusto, a esta pasión la llamamos hastío.[14]

Art. 209. De la añoranza

La añoranza es igualmente una especie de tristeza que tiene una particular amargura porque siempre va acompañada por cierta desesperanza y por el recuerdo del placer gozado. En efecto, nunca añoramos más que los bienes de que hemos gozado y que están tan perdidos que no tenemos ninguna esperanza de volver a encontrarlos en el tiempo y de la manera en que los añoramos.

Art. 210. Del júbilo

Finalmente, lo que llamo júbilo[15] es una especie de alegría con la particularidad de que su dulzura se ve aumentada por el recuerdo de los males sufridos y de los que nos vemos aliviados, como cuando nos

[14] En francés, *dégoût* «hastío» se opone morfológicamente a *goût* «gusto».
[15] «Júbilo», en francés *allégresse*.

quitan de encima un pesado fardo que hemos llevado mucho tiempo a la espalda. No me parece que haya nada muy notable en estas tres pasiones; sólo las he puesto aquí para seguir el orden de la enumeración expuesta antes, pero creo que dicha enumeración ha sido útil para demostrar que no omitíamos ninguna que fuera digna de cierta consideración especial.

Art. 211. Un remedio general contra las pasiones

Y ahora que conocemos todas las pasiones, tenemos mucho menos motivo que antes para temerlas; pues vemos que todas son buenas en su naturaleza y que lo único que hemos de evitar son sus malos usos o sus excesos, contra los cuales los remedios que he explicado bastarían si todo el mundo se preocupara de ponerlos en práctica suficientemente. Pero como entre esos remedios he puesto la premeditación y la intención para corregir nuestros defectos naturales ejercitándonos en separar en nosotros los movimientos de la sangre y de los espíritus de los pensamientos a que suelen ir unidos, confieso que hay pocas personas lo bastante preparadas de esta manera para hacer frente a todo tipo de situaciones, y que estos movimientos suscitados en la sangre por los objetos de las pasiones se siguen tan rápida y repentinamente de las impresiones producidas en el cerebro y de la disposición de los órganos —aunque el alma no contribuya en nada a ello—, que no hay sabiduría humana capaz de oponerles resistencia cuando no se está lo suficientemente preparado. Así, por ejemplo, muchas personas no podrán dejar de reírse cuando les hacen cosquillas, aunque no sientan ningún placer, pues la impresión del goce y de la sorpresa que en otro momento los hizo reír por el mismo motivo, al volver a despertarse en su fantasía, hace que su pulmón se hinche, aunque ellos no quieran, por la sangre que el corazón le envía. Así también los que por su naturaleza son muy inclinados a las emociones de la alegría y de la piedad, o del miedo, o de la ira, no pueden por menos de desfallecer, o llorar, o temblar, o sentir la sangre tan agitada como si tuvieran fiebre, cuando su fantasía resulta afectada con fuerza por el objeto de alguna de estas pasiones. De todas formas, lo que siempre puede hacerse en tal ocasión y que creo poder proponer aquí como el remedio más general y más fácil de practicar contra todos los excesos de las pasiones, es que cuando sentimos la sangre agitada de este modo debemos estar sobre aviso y recordar que todo lo que se presenta a la imaginación tiende a engañar al alma y a hacerle ver las razones que sirven para persuadir al objeto de su pasión como mucho más fuertes de lo que realmente son

y como mucho más débiles las que sirven para disuadirla. Y cuando la pasión sólo persuade de cosas cuya ejecución permite algún aplazamiento, hay que abstenerse de pronunciar de momento ningún juicio y distraerse con otros pensamientos hasta que el tiempo y el descanso apacigüen por completo la agitación de la sangre. Y, finalmente, cuando incita a acciones que exigen una resolución inmediata, es necesario que la voluntad se ponga principalmente a considerar y a seguir las razones que sean contrarias a las que la pasión presenta, aunque aquellas parezcan menos fuertes (por ejemplo, cuando nos ataca de improviso algún enemigo, situación que no permite emplear cierto tiempo en deliberaciones). Pero lo que me parece que siempre pueden hacer los que están acostumbrados a reflexionar sobre sus acciones, cuando se sientan sobrecogidos por el miedo, es tratar de desviar su pensamiento de la consideración del peligro teniendo en cuenta las razones por las cuales resulta mucho más seguro y honroso hacerle frente que darse a la fuga; y, al contrario, cuando sientan que el deseo de venganza y la ira los incita a correr inconsideradamente hacia quienes los atacan, se acordarán de pensar que es una imprudencia perderse cuando podemos salvarnos sin deshonor, y que si la partida es muy desigual vale más una retirada honrosa o pedir tregua que exponerse brutalmente a una muerte cierta.

Art. 212. Únicamente de las pasiones depende todo el bien y todo el mal de esta vida

Por lo demás, el alma puede tener sus placeres aparte, pero los que le son comunes con el cuerpo dependen enteramente de las pasiones; de suerte que los hombres a los que más pueden afectar son los que tienen más posibilidades de gozar en esta vida. Cierto es que también pueden hallar en ella las mayores amarguras cuando no saben emplearlas bien y la fortuna les es contraria, pero en este punto la cordura muestra su principal utilidad, pues enseña a domeñar de tal modo las pasiones y a manejarlas con tanta habilidad que los males que causan son muy soportables y que incluso es posible sacar gozo de todos ellos.